

Alejandra María Sosa Elízaga

Sólo Él

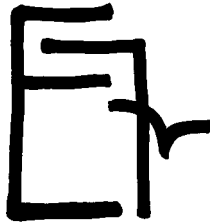


Colección Vida desde la Fe
Volumen 4



EDICIONES 72

*“designó el Señor a otros setenta y dos
y los envió por delante...
a todas las ciudades y sitios
a donde Él había de ir...”
(Lc 10, 1)*



EDICIONES 72

ALEJANDRA MA. SOSA ELÍZAGA

Sólo Él

Colección Vida desde la Fe
Volumen # 4



EDICIONES 72

Sólo Él
Colección 'Vida desde la Fe'
Volumen #4

EDICIONES 72, S.A. DE C. V.

Moctezuma 17 local C, esq. Chimalcoyótl,
Col. Toriello Guerra, Tlalpan,
C.P. 14050, México, D.F.

ISBN: 978-607-95422-9-0

Registro del Derecho de Autor: 03-2011-081113054100-14

Prohibida su reproducción total o parcial sin permiso
por escrito de la autora y/o del editor

www.ediciones72.com

Correo electrónico: ediciones72@yahoo.com.mx

Si desea escribirle a Alejandra María Sosa Elízaga
puede hacerlo al Ap. postal 22-289 México, D. F.

Correo electrónico: alesosa@ediciones72.com

tel: 56 65 12 61

Hecho en México

Í N D I C E

PRESENTACIÓN	7
Da gusto	8
Aprovecha hoy	9
Lo secreto	14
Cambio permanente	17
Católicos ante todo	20
Ojo con la tele	23
En deuda	26
Las pruebas de la Resurrección	29
Misericordia Divina	32
Señales de paz	35
No sólo un día del niño	38
Amor	41
Hablar de Dios y a Dios	44
Contar con alguien...	47
Sólo Él	50
Celebrar al Padre	53
¿Quién es el que no escucha?	56
Oración para consagrar a la familia al Sagrado Corazón de Jesús	59
Oración por las elecciones en México	61
Paradojas de Dios	63
Santos e irreprochables	66
¿Qué haría Jesús?	69
Línea abierta	72
Oración por la reconciliación en México	75

Dejar a Dios ser Dios	76
Fin del insulto	79
Gracias por todo	82
No dejes para mañana...	85
Fe con f de 'fiarse'	86
Voz y silencio	90
Solicitud de ingreso	93
Dos caminos	96
Caminito	99
Orar con las noticias	102
¡Sí que está viva!	105
Misioneros	108
Y tú, ¿qué esperas?	111
Escucha	114
Perdónate	117
¡Reina!	120
Obras de Alejandra Ma. Sosa E.	123

PRESENTACIÓN

Este es el cuarto volumen de la colección de cinco libros titulada: ‘Vida desde la Fe’.

Con ese estilo característico de Alejandra María Sosa Elízaga, que sabe decir cosas profundas en pocas líneas, y a veces hace reír y a veces pone un nudo en la garganta, estas reflexiones, de no más de dos o tres páginas cada una, son ideales para leer una diaria.

Trata temas de la vida cotidiana, casi siempre iluminados por textos bíblicos que se proclaman en Misa.

Su objetivo es relacionar la vida y la Palabra, para ayudar al lector a descubrir qué sabroso es no sólo leerla sino saborearla, porque nutre y fortalece, habla al corazón y lo llena de paz, gozo y esperanza.

Da gusto

Quizá has oído contar que un día por un camino rural iba a pie un señor que llevaba de la rienda a su burro, encima del cual iba sentado su joven hijo (el del señor, no el del burro, se entiende). Pasaron frente a un par de mujeres que estaban lavando ropa en un arroyo, y una gritó: ‘oye, mocoso, no seas flojo ni te aproveches de tu pobre papá que va cansado caminando mientras tú feliz vas sentadote en el burro, ¡bájate para que él se monte y descanse!’ . Ante estas palabras, padre e hijo detuvieron la marcha, se bajó el muchacho, tomó la rienda y el papá montó sobre el burro. Reemprendieron el viaje. Entonces en un recodo se toparon con un sobrino que volvía a casa de la escuela. Se dirigió al papá: ‘¡Oiga tío, no sea Ud. así, va sentadote feliz en su burro mientras mi pobre primo se agota paseándolo como si fuera su esclavo!’ . El señor, apenado, se bajó enseguida del burro. Él y su hijo decidieron que para complacer a las mujeres y al pariente lo mejor sería que ambos fueran a pie, llevando al burro de la rienda. Así lo hicieron y siguieron adelante. Entonces a unos cuantos metros se cruzaron con unos amigos suyos. Uno de ellos les dijo: ‘¡No sean menso!, teniendo tan buena montura, ¿cómo van los dos a pie?, ¡monten ambos y aprovechen su burro!’ El papá y el hijo pensaron: ‘¡qué buena idea!, ¿cómo no se nos ocurrió antes?, ¡esta sí que es la solución ideal que le parecerá bien a todo el mundo!’ Contentísimos subieron ambos al burro. Pero al llegar al pueblo oyeron que los vecinos murmuraban: ‘¡miren a ese par

de desconsiderados! van los dos comodinos montadotes sin importarles abusar de ese pobre animal que ya va con la lengua de fuera, ¡qué desgraciados!...

Esta historia ilustra algo que probablemente todos hemos experimentado: que por más que lo intentemos, no le podemos dar gusto a todo el mundo.

Estando así las cosas, cabe preguntarse cómo interpretar ese texto de la Carta a los Corintios en el que San Pablo no sólo afirma: “*yo procuro dar gusto a todos en todo, sin buscar mi propio interés sino el de los demás, para que se salven*” (1Cor 10,33), sino que además nos invita a ¡imitarlo!

¿Procurar dar gusto a todos en todo? ¡Suen a ‘misión imposible’! ¿A qué se refiere? Desde luego no a ir por ahí tratando compulsivamente de cumplir todos los gustos y exigencias que a los demás puedan ocurrírseles (sabemos que si te ‘desvives’ por complacer los caprichitos de alguien -por ejemplo, de un hijo- no favoreces su madurez ni crecimiento espiritual, al contrario, lo haces alguien que no valora lo que tiene ni lo que cuesta obtenerlo). No. San Pablo no se refiere a que haya que vivir como un radio siempre sintonizado en la ‘hora de las complacencias’. Entonces ¿a qué se refiere? Él mismo lo aclara al decir que no busca su propio interés sino el de los demás, para que se salven. ¿Qué significa esto? Que para Pablo lo más importante es la salvación de las personas, es decir, que puedan liberarse de todos sus apegos, ataduras y esclavitudes, de todo aquello que los ata al pecado, y comiencen a experimentar la verdadera libertad, alegría y paz que gozan en esta vida los hijos de Dios, y que alcanzan su plenitud en la vida eterna.

Teniendo en mente este objetivo, Pablo se presenta a sí mismo como ejemplo de desapego, de desprendimiento, de libertad. No está atado a nada. Sabe renunciar a sus gustos para darle gusto a otro cuando se trata de ganarlo para Dios; no se apega a las pequeñeces, para que con su ejemplo los demás dejen también de apegarse a lo pequeño y comprendan que sólo vale la pena aferrarse a lo grande: a la salvación.

Cuántos problemas en nuestros días se deben a que las personas están aferradas a tonterías que han convertido en montañas que los separan de los demás, dan una razón ('es mi gusto') distinta u opuesta a la de otros, y nadie quiere ceder. San Pablo en cambio sabe ser flexible, sabe ceder en lo que no tiene importancia para ayudar a otros a obtener lo que sí la tiene.

Ahora bien, cabe aclarar cómo se puede entender eso de dar gusto al otro para que se salve. Consiste en hacer por él aquello que puede contribuir a su salvación, aquello que es realmente para su verdadero bien, para el bien de su alma. Y en este sentido las posibilidades son ¡amplísimas! Pueden incluir algo tan aparentemente insignificante como darle gusto haciéndole pequeños favores o servicios (con alegría y sin rezongar), o algo tan significativo como darle gusto sacrificando algo que te cuesta trabajo. En ambos casos se trata de dar un testimonio de amor: semilla que se siembra para que tarde o temprano penetre, germine, dé buenos frutos...

El punto aquí es, como dice San Pablo, que cuando hagas algo para darle gusto a alguien no sea buscando tu propio interés, tu propia conveniencia, el quedar bien, el sacar algo, o el darle por su lado para que no moleste, sino buscando en verdad el bien del otro, su salvación. Se trata de negarte a ti mismo, como pidió Jesús (ver Lc 9,23), es decir, no permitir que sea el egoísmo sino el amor, el que dicte tus acciones. Como quien dice, dar gusto a otros para dar gusto a Dios...

Aprovecha hoy

¿Sabes adaptarte a nuevas circunstancias?
Cuando las cosas no salen como esperabas, ¿cómo reaccionas? ¿Te desanimas y abandonas toda esperanza?, ¿haces ‘berrinche’ cruzándote de brazos?, ¿te aferras a la posibilidad de que pueda haber un modo para que todo salga como quieres?, ¿te quedas atorado en la nostalgia, en lo que pudo ser y no fue?

Una y otra vez en la vida no recibimos lo que esperábamos y no esperábamos lo que recibimos.

Sucede todo el tiempo y a todos los niveles: en cosas muy simples y pasajeras (por ejemplo, que no pudiste comer, ver o hacer algo que se te antojaba mucho), o en asuntos importantes que te afectan seriamente (creías tener salud inquebrantable y sufriste una enfermedad o un accidente; esperabas tener la familia perfecta y está llena de problemas; planeabas obtener o mantener un lugar en esa escuela, universidad o empresa y no lo lograste; creías que siempre contarías con aquella persona y no fue así...). En este mundo todos enfrentamos decepciones, adversidades, obstáculos insalvables que alteran o imposibilitan nuestros planes. Si cuando esto sucede ‘aventamos la toalla’, nos damos completamente por vencidos y nos deprimimos, o nos instalamos en la frustración y el enojo y nos negamos a admitir otra opción que la que teníamos en mente, o nos atormentamos considerando qué bien hubiera resultado todo ‘si tan sólo’ no hubiera sucedido tal cosa, ‘si tan sólo’ no hubiéramos hecho

tal otra, entonces jamás saldremos adelante. No queda más opción que la de aprender a lidiar con la adversidad de otra manera: una que nos permita reemprender la nueva ruta no con lastimosa resignación sino con gozosa esperanza. Para lograrlo nada como dejarse aconsejar por la Palabra, que ofrece algunos consejos que conviene tener en cuenta a la hora de enfrentar situaciones adversas:

En primer lugar hay que recordar siempre lo que dice San Pablo, que a todos nosotros Dios *“nos ha dado fortaleza en Cristo”* (2 Cor 1, 21). Es decir, que tu fuerza viene de el Señor, no de ti mismo. En Él encuentras lo que te hace falta para salir adelante, y, como añade Pablo: *“ha puesto el Espíritu Santo en nuestro corazón”* (2Cor 1,22) para colmarnos de dones y gracias y hacernos capaces de enfrentar cualquier situación. Puedes tener la seguridad de que nunca te pasará algo ante lo cual el Señor diga: ‘¡qué barbaridad!, ¡eso no lo tenía contemplado!, y ahora ¿qué hago?, ¡esto no entraba en Mis planes!, ¿cómo le ayudo?’ Jamás. El Señor sabe antes que tú lo que necesitas, y para cuando lo necesitas, ya lo tiene listo para dártelo. Se adelanta a allanarte el camino...

En segundo lugar, hay que procurar obedecer lo que dice Dios, a través del profeta Isaías: *“No recuerden lo pasado ni piensen en lo antiguo”* (Is 43,18). Aplicado al caso de las situaciones adversas esto puede significar: no te atores en cómo tú pensabas que debían ser las cosas o en cómo eran antes. Ahora, en este momento no son así y punto. No tiene caso lamentarse ni mirar hacia atrás. En la Biblia una y otra vez se nos invita a no permitir que nos paralice lo que dejamos (acuérdate de lo que le pasó a la mujer de Lot...). Jesús dice que no es digno del Reino el que empuña el arado y mira hacia atrás (ver Lc 9,62) Hay que fijar la vista en lo que viene delante. Hoy es el primer día del resto de tu existencia...

Por otra parte es importante mantener el espíritu abierto para aprovechar las nuevas circunstancias, tener como lema: ‘hagamos lo que podamos con lo que hay’ (no con lo que ‘debería haber’, ni con lo que ‘hubiera podido haber’, sino con lo que hay). No te entristezcas lamentando lo que no tienes o lo que has perdido. Aprovecha lo que sí tienes y haz lo más

que puedas con ello. Es lo que te puso Dios a la mano, no gastes tiempo lamentando la falta de mejores condiciones.

Considera lo que sucede con esos cuatro amigos del paralítico, del que nos habla el Evangelio (ver Mc 2,1-12). Cuando llegan a ver a Jesús y descubren que hay tal multitud que no se pueden acercar, no le dicen: 'lástima manito, si hubiéramos averiguado que iba a haber tanta gente, hubiéramos venido más temprano, hubiéramos apartado un lugar, pero ni modo, ahora no se puede pasar, vámonos': no sólo no se atorán en lo que pudo ser y no fue, sino que se las ingenian para hacer lo que vinieron a hacer, poner a su amigo ante Jesús, con todo y multitud que rodea la casa. Y lo logran. Del mismo modo tú estás llamado a sacar el mejor provecho de tus circunstancias de hoy. No te pongas a esperar ese mágico momento ideal para hacer algo, porque quizá nunca llegue. Haz lo que puedes con lo que eres y con lo que tienes a tu alcance hoy. Ponlo todo en las manos de Dios y presta atención porque descubrirás que es capaz de transformar aun la situación más desfavorable en favorable; es que Él tiene la costumbre, ¿no lo has notado?, de abrir caminos en el desierto, hacer correr ríos en la tierra árida, y hacer brotar algo nuevo donde nunca lo habrías imaginado...

Lo secreto

¿Compartes o has compartido algún secreto con alguien?, ¿algo que sólo tú y esa persona conocen? Habrás notado cómo ello crea entre ustedes un lazo muy especial: los une, los hace cómplices. Basta una mirada, un guiño, y ya el otro sabe que estás pensando en aquello...

¿Cómo reaccionas cuando alguien que aprecias o amas te dice que quiere compartir un secreto contigo? Probablemente te sientes halagado y agradecido por la confianza que te demuestra, y te propones no defraudarla: no quieres lastimar a esa persona con tu indiscreción ni perder esa camaradería especial que se construye cuando se intercambian confidencias.

Pues bien, he aquí que hay Alguien que quiere compartir secretos contigo, Alguien que te anima a convertirlo en tu mejor confidente, Alguien que quiere establecer contigo una relación de amistad y fe recíprocas, y que nunca te decepcionará. Es Dios, que a través del Evangelio según San Mateo, (el que se suele proclamar cada Miércoles de Ceniza) te pide que guardes en secreto y compartas sólo con Él tres cosas que te invita a realizar con mayor énfasis durante Cuaresma: la limosna, la oración y el ayuno.

En primer lugar te pide que cuando des limosna “*no lo anuncies con trompeta*”, sino que “*no sepa tu mano izquierda lo que hace la derecha, para que tu limosna quede en secreto*” (Mt 6, 2-3). ¿Qué significa esto? Solemos creer que dar limosna es dejar caer una monedita a buena distancia de la

mano de un mendigo, pero la palabra ‘limosna’ significa ‘misericordia de Dios’, es decir: que ante la miseria del otro (sea ésta económica, afectiva, espiritual) no reaccionemos con desdén, crítica o juicio, sino con un corazón compasivo que nos mueva a hacer algo concreto a su favor, pero ¡ojo! -he aquí lo que propone el Señor- algo discreto, sin alardear, sin que se entere todo el mundo. Que sólo Dios sepa lo que haces por aquel desconocido que está pasando necesidad, por ese pariente o amigo que requiere una ayuda, por ese indigente que te topaste en el camino; que te vuelvas cómplice de Dios, a Sus órdenes para hacer el bien como Su “agente secreto”, con la seguridad de que “*tu Padre, que ve lo secreto, te recompensará*” (Mt 6,4b).

En segundo lugar te pide que hagas oración, pero no para que te “*vea la gente*” (Mt 6,5b), sino para estrechar tu relación con Él. Te invita a entrar en tu cuarto, cerrar la puerta y dialogar con Él ahí en lo secreto (ver Mt 6,6). ¿Qué significa esto? Que no te limites a dirigirte a Dios cuando estás en medio de la comunidad participando de la Misa, el Rosario, etc. sino que busques momentos a solas con Él; incluso cabe que te atrevas a tomar Sus palabras al pie de la letra y de veras halles el modo de encerrarte en algún lado un ratito a platicar con Él: a contarle tus cosas sin que nadie te escuche, a llorar en Su hombro sin preocupar a tus seres queridos, a reírte con Él sin que te crean loco, en fin, a recibir la paz y el consuelo divinos donde nadie te vea o te interrumpa. Puede ser en tu cuarto o hasta en ¡un closet!, lo importante es que sea un sitio en el que estés en soledad con Él. Considera esto: quien se acostumbra a buscar la soledad para orar con Dios, deja de temerle a la soledad pues se da cuenta de que aunque se crea solo, en realidad no lo está: Dios “*está allí, en lo secreto*” (Mt 6,6) con él, siempre atento, siempre dispuesto a escucharlo y a hacerle sentir Su cercanía y amistad.

En tercer lugar te pide el Señor que cuando ayunes (es decir, cuando te prives voluntariamente de algo bueno para ofrecerle esa privación por amor a Él o para interceder a favor de alguien), no hagas drama ni te las des de héroe o de santo, sino que disimules, para que “*no sepa la gente que estás*

ayunando” (Mt 6,18). Basta que el Padre lo sepa, pues sólo Él sabe valorarlo y sólo Él puede recompensarlo...

Decía un sabio sacerdote que la vanidad tiene la característica fatal de hacer estéril todo lo que toca; lo que se hace por vanidad y para que todos lo noten, no da nunca buenos frutos. Por ello hay que procurar que lo que se hace por amor a Dios y al prójimo sea conocido sólo por Dios, no por el prójimo...

El Señor está esperando que establezcas con Él ese compañerismo muy especial que surge entre dos que comparten algo que sólo ellos conocen. Tiene la ilusión de que aproveches cada Cuaresma para darte tu tiempo, tus ‘mañas’ para buscar ese rinconcito donde poder ‘secretearte’ con Él, volverte Su ‘cuate’, Su confidente, el feliz destinatario de Su misericordia, el ‘cómplice’ al que le guiña el ojo y con el que urde modos de hacer saber al mundo que nos ve en lo secreto porque nos ama y se ha quedado con nosotros para siempre.

Cambio permanente

Cuaresmas van y Cuaresmas vienen y tú, ¿sigues en las mismas o realmente has cambiado en algo? Cada año se nos ofrece un espacio privilegiado de cuarenta días para ponernos ‘en forma’ espiritualmente hablando, ¿los aprovechamos de veras o pasan sin pena ni gloria?

Si no has notado ‘mejoría espiritual’ quizá sucede que los sacrificios que haces durante este período resultan contraproducentes porque te provocan una especie de efecto de ‘rebote’: en Cuaresma te privas de algo y cuando llega la Pascua ¡te desquitas dándote ¡un auténtico atracón de aquello! Así, tu sacrificio no rinde frutos permanentes y no sirve más que para que durante unos días te creas ‘lo máximo’ (¡oh, qué esfuerzos hago por el Señor, seguro me lo tomará en cuenta!, ¡soy un héroe!, me privo de esto ¡con lo trabajoso que me resulta!, soy un católico ¡ejemplar!, ¡Dios debe estar orgulloso de mí!) y luego caigas otra vez en lo mismo y quizá peor (llevo siete semanas que no cuento chismes, déjenme les platico ¡todos los que he acumulado!).

Cuando comience una nueva Cuaresma. ¿Cómo lograr que no suceda lo de siempre, sino que al finalizar la ‘cuarentena’ puedas mirar hacia atrás y decir honestamente que en algo (o en mucho, ¿por qué no?) has cambiado (para bien, claro), y que este cambio no será ‘llamarada de petate’,

sino algo que procurarás incorporar en tu vida para siempre? Quizá convenga que tomes esto en cuenta:

Dicen que ‘el que mucho abarca poco aprieta’; cuida que tus propósitos de Cuaresma no sean (y conste que se enfatiza el ‘no’):

Demasiado vagos

Si te propones simplemente ‘ser mejor’, como no te refieres a nada en concreto, terminas por no mejorar en nada. Hazte un propósito específico, por ejemplo: mejorar tu relación con x persona, cambiando tu mala actitud hacia ella, buscando modos de hacerle un bien, orar por ella, no criticarla, etc.

Demasiado amplios

No te propongas atacar al mismo tiempo todas las áreas de tu vida que necesitan mejoría, es agobiante y terminarás por darte por vencido. Elige una y trabájala con la conciencia de que es muy posible que cuando termine la Cuaresma todavía no hayas terminado de trabajarla. No importa, has comenzado y eso es lo que cuenta, ya estás ¡en buen camino! Ahora bien, ¿cómo elegir ese particular defecto de carácter, pecado o debilidad que puedes trabajar en esta Cuaresma?, muy fácil: preguntándole a Dios. Sí, no pongas cara de ‘pero a mí Dios no me habla’, porque sí lo hará, no con voz atronadora, no temas, sino de esa manera sutil pero inequívoca con la que suele manifestarnos Su voluntad. Pídele de corazón que te indique en cuál de tus ‘miserias’ quiere que trabajes en esta Cuaresma y ¡presta atención! porque te responderá: quizá a través de un texto de la Escritura que te sacudirá y te hará sentir que se refiere a ti (¿ya le echaste un ojo a Stg 3, 1-12?), o tal vez un comentario de alguien, dicho así como de pasadita: ‘¡híjole, cómo eres rencorosa!’, ‘¡qué egoísta eres!’, ‘¡qué venenoso!’, o simplemente una creciente convicción interior de que hace falta trabajar algo que sabes que te aparta del Señor y de los demás...

Demasiado ambiciosos

No quieras entrar al libro Guinness por alcanzar la santidad en tiempo récord; es un proceso que dura toda la vida, un

continuo aprender a vaciarse de sí mismo para llenarse de Dios. Y a veces pasa como cuando duermes con un cobertor muy chico: te cobijas de un lado y te descubijas del otro: logras superar una cosa y caes en otra, y hay que volverse a levantar, con la ayuda de Dios y seguir caminando sin desesperarse. No esperes que al finalizar la Cuaresma te ‘apriete la aureola’, pero siéntete feliz de saber que le diste gusto a Dios caminando hacia Él y consuélate recordando lo que dice el Kempis, sabio autor de ‘La Imitación de Cristo’ (un librito del año del caldo, recomendabilísimo porque es impresionantemente profundo, sencillo y muy actual): “Si cada año desarraigásemos un vicio, pronto seríamos perfectos”. (Libro I, Cap XI).

Demasiado exigentes

No creas que para cumplir bien tus propósitos cuaresmales tienes que dejarlo todo y pasarte el día en la iglesia rezando hincado sobre arroz crudo. Dios no quiere cristianos ‘herniados’ que se derrenquen tratando de cumplir algo imposible. No. Lo que Él pide está siempre al alcance de nuestras posibilidades, (perdonar, comprender, ayudar, construir la paz, la justicia, la fraternidad..) sobre todo porque para cumplirlo contamos siempre con Su gracia infinita...

Demasiado laxos

Tampoco te vayas al otro extremo proponiéndote cumplir sólo lo que no te dé flojera. Toma en serio tu compromiso de crecimiento espiritual, y pon los medios para cumplirlo.

Demasiado limitados

Dicen que lo que bien se aprende no se olvida y que una conducta repetida se hace costumbre. No le pongas ‘fecha de caducidad’ a tus propósitos cuaresmales, luego de la cual vuelvas a darle ‘vuelo a la hilacha’. Aprovecha que los practicarás cuarenta días y deja que se te vuelvan hábito permanente, una manera de vivir rompiendo toda atadura y orientando tus pasos hacia el Señor para celebrar con Él no sólo Su Resurrección sino ¡la tuya!

Católicos ante todo

Imagínate que tienes una empresa y vas a contratar a alguien para administrarla. En la entrevista le dices: ‘me han comentado que es usted una persona de principios’, y te responde: ‘bueno sí, pero nada más tengo principios cuando nadie me ve; aquí en la empresa, para cumplir mi trabajo no voy a tener principios’. ¿Cómo te quedarías?, ¿querrías como administrador a una persona que admite semejante cosa? Seguramente no porque temerías que te robara, te engañara, se aprovechara de ti, al fin ya te advirtió cómo se comportará...

¿Suenan absurdos? Pues parece que no lo es tanto porque últimamente se ha puesto de moda entre los candidatos a la presidencia, y no sólo en México sino en todo el mundo, que cuando son católicos tarde se les haga para aclarar que de ninguna manera van a gobernar como católicos.

El otro día en una entrevista a través de una conocida emisora radiofónica un candidato afirmaba sin pudor que sí, era católico, pero que él practicaba su fe en lo privado; incluso se atrevió a citar el Evangelio diciendo que él seguía los consejos de Jesús de ‘cerrar la puerta de su cuarto’ para ejercer su fe ‘en lo secreto’ (cabe aclarar que Jesús jamás aconsejó semejante cosa, ver Mt 6, 1-6.16-18). Aseguraba que antes que católico era político. Le preguntaron su opinión acerca del aborto y dijo que antes que la fe estaba la ciencia. Quizá creía que con esas declaraciones quedaba bien con Dios y con el diablo, pensaba que aceptando su fe pero poniéndola en segundo término, dando a entender que él era muy cristiano

sólo en su casa se congraciaba con Dios y con un mayor número de votantes. Se equivocó en ambos casos: en relación a Dios, se le olvidó que Jesús afirma que quien no lo prefiera a Él no es digno de Él (ver Mt 10,37) y que de nada sirve al hombre ganar el mundo si pierde su vida (ver Lc 9, 24); y en relación a los votantes no alcanzó a percibir que no es negando la fe como se ganan adeptos (pensemos, por ejemplo, en Gandhi, o en Martin Luther King), y que un candidato católico que se atreve a afirmar que gobernará como católico, lejos de ‘quemarse’ se da a respetar porque tiene el valor de vivir conforme a su credo, y además despierta en la gente la esperanza de que hará un buen trabajo que beneficie a todos: pues si administra el dinero como católico, obedecerá el mandamiento de ‘no robarás’, será consciente de que Jesús llamó ‘injusto’ al dinero y de que San Pablo advierte que la raíz de todos los males es el afán del dinero (ver 2Tm 6,10); si se ocupa de los pobres como católico, seguirá el mandamiento de llevar la caridad a obras concretas (ver Mt 25, 31-46; 1Cor 13; Stg 2, 14-26); si trata a sus enemigos políticos como católico, sabrá comprenderlos y perdonarlos según lo que pidió Jesús (ver Lc 6,27-38); si se porta como católico con quien piensa distinto de él, sabrá mostrarle tolerancia y comprensión, como hacía Jesús. Y, lo más importante, se preocupará verdaderamente de que si no cumple, no sólo el pueblo le reclame o ‘la nación se lo demande’ (ya hemos visto que al pueblo se le puede manipular o reprimir para que no reclame, y suele suceder que ‘la nación’ no demanda nada: ¡cuántos expresidentes corruptos y abusivos se han salido con la suya sin que ‘la nación’ se los demande!), sino que Dios, que prometió exigir más a quien más le haya confiado (ver Lc 12,47-48), le pedirá cuentas claras, y a Él no se le puede engañar. Así pues el político que es católico sólo de nombre o que se avergüenza de serlo puede creerse respetado, pero en realidad su incoherencia y cobardía provocan desconfianza en quienes estarían dispuestos a fiarse de él si lo supieran decidido a obrar rectamente no sólo según las leyes humanas sino las divinas.

Y lo que aplica a los políticos aplica a todos.

En nuestro mundo actual es muy bien visto e incluso se espera que la gente se aferre a sus principios siempre y cuando éstos no sean religiosos. Por ejemplo, si un ecologista declarara que no le importa que su coche eche un humo terrible, sería criticadísimo. Y si un jugador de fútbol declarara: ‘yo juego en mi equipo los días de partido, pero la verdad es que el resto del tiempo le voy al equipo contrario’. Se consideraría escandaloso y si se supiera lo correrían al día siguiente. En cambio en diversos medios de comunicación y en la mentalidad de mucha gente, sí es ‘bien visto’ y hasta de esperar que los católicos no defendamos nuestra fe ni la ejerzamos en público (no vayamos a ser tachados de fanáticos’), sino que estemos dispuestos a renunciar inmediatamente a ella en aras de cualquier cosa a la que nos dediquemos o enfrentemos en el momento. Sin ir más lejos el otro día en un programa de TV que trata sobre una sala de emergencias, un doctor católico al que no le quieren asignar el caso de una adolescente embarazada por temor a que por sus convicciones religiosas no acepte tratarla, afirma enojado: ‘¡antes que católico soy doctor!’, y acto seguido va y le da a la muchachita un artefacto para que aborte, y cuando ella, que es católica, pregunta si es pecado usarlo, él responde: ‘no, es la forma que nos da Dios para que reparemos Sus errores’. ¡Háganme el favor! Los guionistas del programa consideraron que lo aceptable era que el doctor se amoldara a lo ‘políticamente correcto’ torciendo sus creencias religiosas. Y muchos espectadores probablemente estuvieron de acuerdo. Qué pena.

El mundo alienta la existencia de católicos ‘agachones’ que se avergüenzan de admitir su fe y de vivirla públicamente, pero quien cede a esta tentación con tal de ganar popularidad lo arriesga todo a una gloria muy efímera. Aquí quizá reciba aplausos, pero al final de su vida se encontrará cara a cara con el Señor, que prometió: *“Por todo aquel que se declare por Mí ante los hombres, Yo también me declararé por Él ante Mi Padre que está en los cielos; pero a quien me niegue ante los hombres, le negaré Yo también ante Mi Padre que está en los cielos”*. (Mt 10, 32-33).

Ojo con la tele...

¿Qué lugar ocupa la televisión en tu vida?, no el lugar físico, sino el que ocupa en tu vida cotidiana, es decir, ¿qué atención le prestas?, ¿qué tiempo le dedicas?, ¿qué significa para ti?

Hace años, la noche de la Vigilia Pascual el padre mandó poner televisiones en varios puntos estratégicos de la parroquia para que todos pudiéramos ver la ceremonia videograbada y transmitida ‘en vivo’ por circuito cerrado. Cuando terminó la Misa, quienes iban al claustro a participar del convivio, pasaban frente a la capilla del Santísimo y hacían una genuflexión pues la Eucaristía estaba reservada en el Sagrario empotrado en la pared del fondo, pero como al frente todavía estaba sobre un mueble negro una tele, daba la impresión de que se arrodillaban ante ésta, que parecía un ídolo. Desde luego no era ésa la intención de la gente, pero contemplar a docenas de personas doblando la rodilla ante la televisión daba escalofrío, hacía recordar estas palabras: “*Yo soy el Señor, tu Dios...No tendrás otros dioses fuera de Mí*” (Ex 20, 2-3), y cuestionar si no sucede en realidad que para muchos la televisión es un dios al que rinden culto y al que dedican el tiempo que le ‘pichicatean’ al Dios verdadero.

Considera esto: Hay quien pasa horas y horas postrado ante la televisión, gran parte del día e incluso de la noche, pero asegura que no tiene tiempo para postrarse en oración ante el Señor; hay quien no tiene reparos en llegar muy tarde a Misa, pero es puntualísimo cuando se trata de prender la tele, porque

le gusta ver su programa favorito ‘desde el principio’; hay quien pone muchísima atención a lo que se dice en la tele, pero se distrae fácilmente cuando se trata de escuchar la Palabra de Dios en Misa; hay quien obedece sin chistar lo que en la tele se le propone: cómo portarse, a qué aspirar, cómo hablar o en qué gastar el dinero, pero pone mil pretextos para obedecer lo que el Señor le pide en esos mismos aspectos; hay quien norma su criterio según la tele, no según Dios, a la hora de discernir qué está bien y qué no, qué es pecado y qué no, qué está permitido y qué no; hay quien puede pasarse semanas o meses sin ir a Misa, orar, leer la Palabra, porque ‘tiene demasiadas ocupaciones’, pero no deja que esas ‘ocupaciones’ le impidan ver la tele, y si no puede ver algo que le interesa, lo graba: ¡no tolera perderse!

Si te identificas con estas actitudes, ¡cuidado!, quizá sin darte cuenta la ‘tele’ se te está volviendo un dios. Es hora de que hagas algo para reducirla a su justa dimensión. He aquí algunas sugerencias:

No prendas la tele antes que nada sino después de todo

No la enciendas apenas te levantes o apenas llegues a casa. Haz primero lo importante: convivir con la familia, orar, leer... Ver tele no ‘en lugar de’ sino ‘además de’.

No la prendas ‘por inercia’, ‘nomás’, ‘a ver qué hay’

Préndela sólo cuando haya algo específico que desees ver y apágala cuando eso termine. No veas cualquier cosa. Así como cuidas no meter en tu cuerpo comida descompuesta que te hará daño, cuida no meter en tu mente imágenes violentas, vulgares, pornográficas, etc. porque dañan tu subconsciente y te hacen más propenso a caer en el pecado y a apartarte de Dios.

No antepongas la televisión a las personas

Hay quien cuando está viendo un programa y llega un familiar o un amigo, apenas desvía un segundo los ojos de la pantalla para saludarlo, y ¡ay de esa persona si se atreve a decir algo antes del comercial porque recibe un tremendo: SHHHHHHHH! El otro día un chamaquito que habla demasiado rápido se

justificaba diciendo que así se ha acostumbrado porque como en su familia sólo le hacen algo de caso durante los anuncios, tiene que aprovechar ese instante para platicar veloz cómo le fue en el día, porque si no lo callan. No dejes que un ser humano televisado tenga prioridad sobre uno de carne y hueso...

Aprende a ser crítico de lo que ves en la tele

No te lo tragues sin masticar. Con demasiada frecuencia sucede que al principio de una serie todo parece inocuo, y conforme avanza la trama los ‘héroes’ comienzan a comportarse sin ética, sin moral, pero para entonces los televidentes los justifican e incluso los imitan, porque ya se han identificado con ellos y son incapaces de juzgarlos o criticarlos. Acostúmbrate a evaluar, desde el punto de vista católico, todo lo que ves (o ven tus hijos) en la tele, y desecha sin miramientos lo que no vaya de acuerdo a tu fe.

Atrévete a establecer ‘un día sin tele’ (o mejor ¡muchos!)

Lleva a cabo actividades alternativas que promuevan la unión de la familia, como por ejemplo organizar algún juego de mesa que resulte divertido para todos, salir a pasear o a visitar a alguien, realizar juntos alguna labor entretenida, etc. o, si estás solo, no quieras llenar tu soledad con televisión, descubre el placer de sentarte a leer un buen libro, escuchar buena música, etc. y sobre todo, déjate acompañar por Dios; acalla el sonsonete de la tele y aprende a reconocer cómo te habla Él...

Si se le permite, la tele tiene la mala costumbre de irse apoderando de ambientes y personas, así que asegúrate de mantenerla bien a raya para que se limite a ser sólo lo que es: un medio a tu servicio, nunca al revés.

En deuda

¿ Te gusta estar en deuda con alguien?

Se hizo esta pregunta a un grupo grande de personas y nadie respondió que sí, más bien todo lo contrario: meneaban la cabeza, decían que no, que no sólo no les gustaba sino que se sentían muy incómodos cuando debían algo.

Se nos ha enseñado a procurar vivir sin deber nada, no sólo en términos monetarios, sino también en lo que respecta, por ejemplo, a los favores, a las amabilidades que recibimos. Por citar un ejemplo: si una amiga te hace un pastel y te lo da en un plato suyo, las ‘buenas costumbres’ mandan que le devuelvas el plato con algún antojito: que jamás regreses un plato vacío. Si un cuate tuyo que labora en x área, realiza un trabajo para ti y no te cobra sus honorarios, buscas el modo de ‘pagarle’ con un regalito. No sabemos aceptar lo gratuito, lo regalado; nos da pena, queremos corresponder de alguna manera, quedar ‘a mano’ y, si se puede, más que ‘a mano’, hacer algo para que sean los demás quienes estén en deuda con nosotros (eso nos da un cierto aire de superioridad, un cierto poder sobre los deudores...).

Y esto sucede también en relación con Dios. Muchos creyentes se figuran que lo bueno que reciben de Él es una especie de pago o premio por alguna buena conducta que han tenido. Decía una persona que sentía que había recibido un favor muy especial de Dios: ‘algo muy bueno debo haber hecho para que Dios me haya concedido esto’. Cabe responderle: no te engañes, nada, pero absolutamente nada que

hubieras podido hacer, por bueno que fuera, te hubiera dado ‘derecho’ a obtener el amor con que Dios te ama, los favores que te concede. Dios no nos ama para corresponder a nuestro amor: “*Él nos amó primero*” (1Jn 4, 19). Te ama y te favorece por pura gracia, sin que lo hayas merecido o ganado. Dice Jesús que Dios es Bondadoso con los buenos y con los perversos, y hace salir el sol sobre justos e injustos por igual (ver Mt 5,45). Si Dios sólo hiciera cosas buenas por los ‘buenos’, todos querríamos ser buenos no por convicción, no para corresponder al amor de Dios, sino por pura conveniencia o peor: por miedo, para evitar que nos fuera mal. Pero no es así. Dios hace cosas buenas por ti todo el tiempo, cuando has sabido mantenerte en amistad con Él y también cuando lo has traicionado; cuando has cumplido lo que le has prometido y también cuando más le has fallado; cuando has caminado hacia Él y cuando te has ido en sentido contrario. Su amor por nosotros no depende de nuestro méritos, y ¡qué bueno!, porque si no fuera así hace mucho que habríamos provocado que dejara de amarnos.

Afirma San Pablo: “*ustedes han sido salvados por la gracia mediante la fe; y esto no se debe a ustedes mismos, sino que es un don de Dios. Tampoco se debe a las obras, para que nadie pueda presumir*”. (Ef 2, 8-9). Esto significa que Dios nos regaló la salvación por pura generosidad, gratuitamente, no como pago. ¿Te das cuenta de lo que eso significa? Significa que estamos tremendamente endeudados con Él, porque además lo que nos ha regalado es algo que ¡ni en sueños hubiéramos podido obtener por nosotros mismos!, nosotros, que nos conformamos con pequeñeces, que ponemos el corazón en naderías; nos bastaba con que nos hubiera dado pan y ¡se entregó Él como nuestro alimento!; nos hubiéramos conformado con vivir en este mundo y “*nos ha reservado un sitio en el cielo*” (Ef 2, 6). Su generosidad ¡no tiene límites! Nos abruma, nos avasalla, nos hace imposible pensar que nos está pagando lo ‘buenos’ que hemos sido, y nos hace igualmente imposible pensar que algo que pudiéramos hacer nos podría poner ‘a mano’ con Él y ¡mucho menos! ponerlo a Él en deuda con nosotros. No nos queda otra salida que reconocernos en perpetua bancarrota: sin nada en nuestro

haber que pueda siquiera compensar, ya no digamos disminuir, todo lo que le debemos, pero ¡ojo!, no para que ello nos avergüence, agobie o paralice, sino para que nos mueva a vivir reconociendo continuamente Su generosidad inagotable y tratando de corresponderle, también constantemente, con lo único que está a nuestro alcance: una profunda gratitud expresada en una vida dedicada a descubrirlo en los demás y a amarlo en ellos como Él nos ama: con un amor paciente, gratuito, misericordioso, que lo da todo.

Dice San Pablo al final del texto antes citado, que fuimos creados para “*hacer el bien que Dios ha dispuesto que hagamos*” (Ef 2, 10). ¿Qué quiere decir esto? Que las obras sí cuentan, pero no como pensábamos: no las hacemos ‘para’ que Dios nos ame, sino ‘porque’ Dios ya nos ama y queremos expresarle nuestro reconocimiento y gratitud haciendo lo que nos pide. Como quien dice, nuestras obras no son ‘causa’ sino ‘consecuencia’; no generan el amor de Dios, buscan corresponderlo.

Las pruebas de la Resurrección

Los cristianos de todo el mundo creemos y celebramos que Cristo resucitó, pero quizá no siempre sabemos dar a otros razones de nuestra fe en la Resurrección. Por eso cabe proporcionarte algunas:

La Resurrección nos es revelada en la Palabra de Dios: a través de las profecías del Antiguo Testamento (ver Is 26,19; Ez 37,1-14), a través del propio Jesús, que anunció que resucitaría (ver Lc 9, 22; Mt 16, 21), y a través de los testimonios de quienes lo vieron resucitado, como narran numerosos textos del Nuevo Testamento: Evangelios, cartas de Pablo, Pedro, etc. (ver: Mt 28,9; Mc 16,9; Lc 24, 4; Jn 20,24-29; Hch 1,1-9; 1Ts 4, 13-14; 1Pe 1, 21).

Desde el inicio del cristianismo, la predicación se centraba en que Jesús murió y resucitó (ver Hch 2, 22-36).

Acerca de la Resurrección de Jesús, dice el Catecismo de la Iglesia Católica (CIC): ‘es un acontecimiento real que tuvo manifestaciones históricamente comprobadas como lo atestigua el Nuevo Testamento’. (CIC 639). ‘Es imposible interpretar la Resurrección de Cristo fuera del orden físico y no reconocerla como un hecho histórico’ (CIC 643).

Jesús resucitado se deja tocar por Sus discípulos (ver Jn 20, 27) , pide de comer (ver Jn 21, 9. 13-15). ‘Les invita así a reconocer que Él no es un espíritu, pero sobre todo a que comprueben que Su cuerpo resucitado es el mismo que ha sido

martirizado y crucificado ya que sigue llevando las huellas de Su Pasión (ver Jn 20,20.27). Este cuerpo auténtico y real posee, sin embargo, al mismo tiempo, las propiedades nuevas de un cuerpo glorioso: no está situado en el espacio ni en el tiempo, puede hacerse presente a Su voluntad donde quiere y cuando quiere (ver Mt 28, 9.16-17; Lc 24,36; Jn 20,19.26)...’ (CIC 645)

‘La Resurrección de Cristo no fue un retorno a la vida terrena como en el caso de las resurrecciones que él había realizado... La Resurrección de Cristo es esencialmente diferente. En Su cuerpo resucitado, pasa del estado de muerte a otra vida más allá del tiempo y del espacio...’ (CIC 646)

Cabe mencionar que La Iglesia católica define, como dogma de fe, que: ‘Al tercer día, después de morir, Cristo resucitó glorioso de la muerte’. Y desde el Concilio IV de Letrán, establece que: ‘resucitó en el cuerpo’.

Así pues, la Resurrección de Jesús es un hecho real. No es una ‘manera de hablar’, ni algo ‘simbólico’ para significar que los discípulos lo descubrieron ‘vivo en su corazón’.

Consideremos esto:

1. Los evangelistas no escriben algo así como: ‘y al tercer día cada discípulo sintió en su corazón que Jesús había resucitado’, sino que eligen narrar las apariciones del Resucitado empleando verbos como ‘tocar’, ‘comer’, etc. algo que tienen que saber que será tomado al pie de la letra. (ver Lc 24,39-43)

2. Los evangelistas narran que al principio los discípulos no le creen a los que dicen haber visto a Jesús Resucitado (ver Mc 16, 11-13; Lc 24,11). Si esos testigos se hubieran referido a que lo sentían ‘vivo en su corazón’, hubiera sido absurdo que no les creyeran, porque ¿cómo puede alguien poner en duda lo que otro ‘siente’ en su interior?

3. En 1Cor 15,5-8; Pablo menciona que Jesús se apareció a Pedro, luego a los Doce y luego a más de quinientos hermanos. Si se refiriera a que se apareció ‘en el corazón de cada uno’, no limitaría el número de los que lo vieran aparecer, pues se supondría que todo discípulo lo sentiría así -por ejemplo cada

vez que comulgara-. Especifica cuántos lo ven porque se refiere a una presencia física.

4. Hay un claro cambio en los relatos de antes y de después de la Ascensión. Después de ésta ya no se dice que el Resucitado se aparece, ni que les pide a los discípulos que lo toquen o que le den de comer. Si estas apariciones fueran sólo ‘en el corazón’ de cada discípulo, no se hubieran interrumpido y se nos hablaría de que Jesús se aparecía cada vez que los discípulos se juntaban a partir el Pan, pero no es así. Evidentemente las primeras apariciones son de orden físico y dejan de suceder después de la Ascensión.

5. Los discípulos ven morir a Jesús y están aterrados de que les pase lo mismo, pero sacan valor para salir a predicar y a enfrentar lo que sea, porque ven a Jesús Resucitado, lo tocan, comen con Él y comprueban, fuera de toda duda, que está Vivo.

6. En Hch 2, 26-27 Pedro aplica a Jesús lo que afirma el Salmo 16, 9-10: “No dejarás que tu fiel experimente la corrupción”. No se hubiera atrevido a hacerlo si Jesús se hubiera quedado en el sepulcro.

7. Si Jesús hubiera permanecido en el sepulcro, éste no sólo se hubiera vuelto lugar de peregrinación de Sus seguidores, sino que Sus enemigos se hubieran encargado de dar a conocer que no había resucitado sino que estaba enterrado en tal lugar. Pero no fue así porque Jesús no se quedó en el sepulcro sino que ¡resucitó y vive para siempre! ¡Aleluya!

(Del libro de Alejandra Ma. Sosa E. ‘Camino de la Cruz a la Vida’, Ediciones 72, México 2003, pp. 203-206. Reproducido con permiso de la autora).

La Misericordia Divina

Se ha vuelto muy popular en las iglesias, centros religiosos y hogares una imagen de Cristo que lo representa de pie, con una mano en actitud de bendecir y la otra sobre el pecho, de donde brotan dos rayos de luz, uno blanco y otro rojo. Corresponde a una visión que tuvo Santa Faustina Kowalska (1905-1938), religiosa polaca, canonizada por el Papa Juan Pablo II.

Ella escribió en sus memorias que Jesús se le apareció, le pidió que mandara pintar dicha imagen, le dijo que los rayos de luz representaban la Divina Misericordia que Él desea derramar sobre todos los seres humanos, y que quería que el primer domingo después de Pascua se celebrara la ‘Fiesta de la Divina Misericordia’, para que todos los que acudieran a Él en busca de ese don divino, lo obtuvieran a manos llenas. El Papa Juan Pablo II instituyó esta fiesta en el año 2000.

Ahora bien, cabría preguntar: ‘¿Qué es exactamente la misericordia?’

Hay quien cree que la palabra ‘misericordia’ es sinónimo de ‘lástima’, de darle a alguien golpecitos en la cabeza y ‘pobretarlo’: decirle ‘pobrecito, qué pena me das’. ¡ningún galán se atrevería a decirle a la novia: ‘¡iento por tí...¡mucha misericordia!’ porque probablemente se quedaría solo y con una mejilla roja y ardida. Es que no entendemos lo que la palabra significa.

En su origen, misericordia viene de ‘miseria’ y ‘corazón’, lo cual en ‘cristiano’ significa ‘poner el corazón en

la miseria’, es decir, amar al otro no sólo en lo agradable, sino en lo desagradable, no sólo por sus grandes cualidades, sino también con sus pequeñeces, con sus defectos, con lo que lo hace difícil chocante, insoportable. Lo malo es que no sabemos amar así. Suena absurdo. Piensa en esto: Si te pidieran que describas características de tu mejor amigo, seguramente enumerarías lo que te gusta de él. Difícilmente dirías: es alguien que nunca me llama; siempre está dispuesto a traicionarme; no cree nada de lo que le platico; nunca cumple sus promesas; se olvida de acudir cuando quedamos de vernos, etc.

Amamos de los otros sólo sus cualidades; cuando surgen los defectos comentamos extrañados: ‘fulano ha cambiado mucho’, ‘antes no era así’, ‘ya no me gusta llevarme con él’, ‘ya no lo considero mi mejor amigo, me ha decepcionado’.

En cambio Dios ama de manera total. No sólo cuando somos, según nosotros, ‘cristianos ejemplares’, sino también cuando caemos, cuando pecamos, cuando seguimos caminos completamente opuestos a los Suyos, cuando nos olvidamos de orar, cuando nos falta la fe, cuando le prometemos enmendarnos y no lo hacemos, cuando lo dejamos plantado.

Dios nos ama con amor misericordioso, con amor que pone el corazón en nuestras miserias, en nuestras pequeñeces, en aquello menos digno de ser amado.

Dice el salmista: “*¡Aleluya! ¡Dad gracias al Señor porque es bueno, porque es eterna Su misericordia!*” (Sal 136,1). Y más adelante añade: “*En nuestra humillación se acordó de nosotros, porque es eterna Su misericordia.*” (Sal 136,23). Dice “*en nuestra humillación*”, es decir, cuando nos morimos de vergüenza, cuando hacemos algo de lo que estamos tan apenados que nos ponemos rojos hasta las orejas y queremos que la tierra nos trague, aun entonces el Señor tiene para nosotros misericordia, aunque todos nos vean feo y se burlen o aparten de nosotros, el Señor no nos olvida, no se aleja, nos sigue amando, porque “*es eterna Su misericordia*”.

¡Qué descanso para el alma saber que tenemos un Dios del que se puede decir no que está listo para juzgarnos y

condenarnos, sino que “*la misericordia y la fidelidad lo precede*” ‘...!’ (ver Sal 89,15).

Ello no significa que nos ‘apapache’ en nuestro pecado ni se quede tranquilo viéndonos hundidos en nuestras miserias. Justamente para rescatarnos de ellas murió Jesús en la cruz. Lo que es posible afirmar es que nunca confunde ‘pecador’ con ‘pecado’, y no nos deja de amar ni aunque pequemos. No deja de tendernos la mano, de esperar que lo dejemos librarnos de todo aquello que no nos deja vivir y gozar la libertad de ser hijos de Dios. Él no ama tu pecado, pero te ama a ti.

Celebrar la Misericordia Divina es dejarse ‘caer en blandito’ en el amor de Dios, confiar en que podemos vivir, como se dice en Misa después de rezar el Padrenuestro: ‘ayudados por Su misericordia’. ¿Cómo nos ayuda la misericordia? Nos libra de la desesperanza, nos libra de creer que nuestros pecados son demasiado grandes o imperdonables: La misericordia de Dios nos ayuda porque nos rescata, nos hace ver que todavía tenemos remedio. Solemos rechazar al que nos rechaza. Si creyéramos que Dios está enojado con nosotros y que nada de lo que hagamos cambiará eso, probablemente nos alejaríamos de Él diciendo: ‘pues si Él no quiere tener nada que ver conmigo, yo tampoco quiero tener nada que ver con Él’. En cambio, confiar en la misericordia del Señor es tener la seguridad de que en cualquier momento de tu vida y sin importar qué hayas hecho o cuánto tiempo hayas estado alejado de Él, puedes regresar a casa y lo encontrarás esperándote con los brazos abiertos. Dice San Pablo:

“No tenemos un Sumo Sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras flaquezas, pues fue probado en todo igual que nosotros, excepto en el pecado. Acerquémonos, por tanto, confiadamente, al trono de gracia, a fin de alcanzar misericordia...” (Heb 4, 15-16)

¿Aprovecharás hoy este regalo?

Señales de paz

Dice la sabiduría popular que no se menciona la cuerda en casa del ahorcado. ¿Qué significa esto? Que hay temas que es mejor no tocar porque resulta doloroso hacerlo; por ejemplo, mencionar la cuerda en casa del ahorcado es traer a la mente la muerte terrible que tuvo un ser querido; es como echar sal en una herida abierta.

En el caso de los apóstoles de Jesús, este ‘dicho’ probablemente se puede aplicar en referencia a la crucifixión. En el tiempo que pasó entre que Jesús fue sepultado y resucitó, de seguro ningún de ellos quería mencionarla, nadie quería traer a su mente las escenas terribles de Su maestro clavado en la cruz. No sólo les dolía recordarlo, les daba pavor porque consideraban que por haber sido seguidores Suyos podía corresponderles la misma suerte. No querían ni pensar en ello. Dice San Juan que los discípulos cerraron las puertas de la casa en la que estaban reunidos, porque tenían miedo (ver Jn 20,19). Habían pasado tres días desde aquel fatídico viernes en el Calvario y estaban deprimidos, decepcionados y, sobre todo, muertos de susto. Podemos imaginarlos hablando quedito, sobresaltándose cada vez que alguien tocaba a su puerta, temiendo que fueran los sumos sacerdotes acompañados de un batallón con el objeto de llevarlos a ellos también presos y hacerlos crucificar. ¡Qué horas tan amargas deben haber pasado! Cómo se nota que no habían entendido ni jota de todo lo que Jesús les anunció; que cuando les habló de que sería rechazado, que moriría y resucitaría, no captaron ni

entendieron esta última parte, se quedaron atorados en lo del rechazo y la muerte y de ahí no pasaron (o peor aún, se distrajeran pensando en otras cosas, por ejemplo, en quién de ellos era el más importante -ver Mc 9,30-34-). Y hoy pagan su falta de entendimiento con un escalofrío que los recorre cada vez que se les viene a la cabeza el recuerdo de su Señor crucificado.

Entonces, de pronto, en medio de ellos aparece Jesús (recordemos que, como afirma el Catecismo de la Iglesia Católica, el Resucitado tiene ‘un cuerpo glorioso: no está situado en el espacio ni en el tiempo, puede hacerse presente a Su voluntad donde quiere y cuando quiere’ -CIC 645-). Su repentina presencia los debe haber estremecido. No saben qué pensar, ¿es un fantasma?, ¿una visión?, ¿es realmente Él? Se han de haber quedado inmóviles, pasmados, contemplándolo sin saber cómo reaccionar. Y entonces Jesús les dice una frase tranquilizadora, típica suya: “*La paz esté con ustedes*” (Jn 20,20), pero inmediatamente después les muestra ¡las manos y el costado perforados! Justo cuando de seguro ya comenzaban a serenarse les enseña lo que menos querrían ver: las heridas de los clavos y de la lanza, las pruebas palpables de Su muerte atroz. ¿Te imaginas lo que han de haber sentido? Sin duda han de haber querido decirle: “¡no, por favor, no nos muestres ‘eso’ porque volvemos a ponernos nerviosos, más aún aterrados!, ¡hablemos de cosas agradables, no menciones ‘aquello’, cambiemos de tema!”

No parece lógico que un deseo de paz vaya acompañado de un gesto aparentemente destinado a ¡quitárselas! ¿Por qué lo hace Jesús? Porque contra lo que podríamos pensar, es precisamente de Sus llagas de donde brota la verdadera paz. Sí. Son éstas la prueba de que estuvo en la cruz, y ¿qué sucedió allí?, que asumió todos nuestros dolores, todas nuestras angustias, todos nuestros pecados, en suma, todas nuestras miserias, desde la más grande y agobiante hasta la más insignificante, y al asumirlas las redimió, las unió a Sus sufrimientos y las convirtió en camino de redención y de paz. ¿Qué significa esto? Que Cristo hizo posible que todo sufrimiento, unido al Suyo, adquiriera sentido, se vuelva camino de luz, se convierta en un medio de santificación, de

purificación; en ayuda para crecer en la fe, en la esperanza, en el amor.

Solemos creer que sólo podemos tener paz si en todo nos va como esperamos, si nadie se nos enferma o se nos muere, si no sufrimos dificultades económicas, si gozamos de salud, bienestar, dinero, etc. Solemos pensar que si algo de esto nos faltara, ya no podríamos ser felices y perderíamos la paz y la alegría de vivir. Pero he aquí que viene Cristo y nos muestra Sus manos y costado, no con afán de inquietar o asustar a nadie, todo lo contrario: para darnos una alegría que nada ni nadie nos pueda arrebatarnos; para que comprobemos que Él murió por nosotros para desterrar de nuestra vida toda tiniebla, toda tristeza, todo temor; para que vivamos con la paz de saber que podemos encomendarle todos nuestros afanes, que Él *“lleva nuestras cargas”* (Sal 68,20b), que ha tomado sobre Sí todo lo que nos agobiaba, que se dejó llevar a la muerte para que tuviéramos vida, que, como dice el profeta Isaías: *“por Sus llagas hemos sido curados”* (Is 53, 5c). Sus heridas son la prueba máxima de que se puede tener paz aun en medio de la situación más difícil, porque Aquel que clavado en la cruz derrotó el mal y la muerte está a nuestro lado todos los días hasta el fin del mundo (ver Mt 28,20b), de Su corazón traspasado mana a raudales Su misericordia y Sus manos llagadas nos rescatan de la oscuridad y nos conducen por el camino luminoso de la verdadera paz.

No sólo un día del niño

Cada vez que se celebra el ‘día del niño’, mucha gente pone su atención en los pequeños, no sólo para festejarlos, sino también para comentar con genuina preocupación las dificultades que enfrentan los chamaquitos que viven en situación de calle o padecen alguna discapacidad o sufren algún tipo de abuso o maltrato. Lamentablemente estos comentarios suelen terminar en una triste conclusión: ‘qué terrible, pero ni modo, yo no puedo hacer nada’. Se tiene siempre la tentación de pensar que uno es demasiado limitado como para atacar, ya no se diga resolver, los grandes problemas que aquejan a otros, en este caso a los niños. Pero la Biblia está llena de historias que muestran cómo hasta el más insignificante puede emprender grandes cosas, si Dios está de su lado. Ahí tenemos a David y Goliat: un muchachito contra un gigantón. Alguien decía que cuando el joven David enfrentó al gigante Goliat pensó una de dos cosas: ‘es tan grande que mi piedra de seguro no le hará nada’ o ‘es tan grande que mi piedra de seguro le atina’. Ante un problemón cabe pensar: ‘es tan vasto que con lo que haga le atino.’ Si te preocupan los niños, y quieres hacer algo al respecto, ¡lánzate!, con la ayuda de Dios. Nuestro mundo está muy necesitado de personas que no se dejen desanimar por realidades difíciles, sino se decidan a transformarlas.

Déjame contarte una historia. Había una vez una señora, madre de familia, que asistió a una reunión en una escuela, en la que se presentaron unas niñas invidentes que

demonstraron cómo escribían en Braille y usaban el ábaco. Cuando terminó la sesión y todos se fueron pensando: ‘qué difícil vida han de llevar, pero yo qué puedo hacer’, esa señora, en cambio, averiguó que esas niñas estaban en una escuela especial y fue a visitarla para ver en qué los podía ayudar. Platicó con la directora y con las niñas, se dio cuenta de que no tenían instrucción religiosa, pidió y obtuvo permiso para darles catecismo. Invitó a su mamá y a unas amigas a unírsele, logró que una vecina prestara la parte trasera de su casa y comenzó las clases.

Luego de las Primeras Comuniones, una de las madrinan invitó a su ahijada a salir con ella un día, y cuando fue a dejarla de noche se dio cuenta de que la niña se quedaba sola en su vivienda, pues sus papás trabajaban y no la podían atender. Se lo comentó a la señora y ella no dijo: ‘ni modo, no es mi hija’, sino que hizo suyo ese problema y pidió ayuda a Dios para poder encontrar un lugar donde al menos algunas niñas pudieran vivir y recibir cuidados y cariño, mientras acudían a la escuela. Rentó una casa, convenció a unas religiosas de aceptar atender a las niñas, constituyó un patronato, dio aviso en la escuela y pronto se recibió a seis niñas que vivían ahí entre semana, donde se les daban clases especiales de música y tejido, a la vez que se les enseñaba a valerse por sí mismas, hacer sus propios quehaceres domésticos, usar el bastón, etc. Pronto creció el número de niñas y la casa les quedaba chica, además de que estaba deteriorada. La señora no dijo: ‘esto se complicó mucho, mejor le paramos’, sino que confió en que Dios ayudaría. Al poco tiempo le avisaron que una ancianita les había heredado cuatrocientos setenta y cinco mil pesos. La señora pensó que quizá se podría comprar una casa, pero no hallaba una barata y buena; entonces alguien le avisó que unas religiosas que tenían un asilo lo habían desocupado y lo querían vender. Fue ese mismo día a verlo: tenía cuartos amplios y hasta ¡una capilla! Cuando preguntó el precio le dijeron: cuatrocientos setenta y cinco mil pesos. ¡Detallazo de la Divina Providencia! Sobra decir que la compró y se pasó ahí la casa hogar de niñas. Esta señora podía haberse dormido en sus laureles, pero no lo hizo. Quiso ayudar también a niños, así que se dio a la tarea de

conseguir casa para ellos, y quien los cuidara (cosa que no es nada fácil: se requiere alguien con verdadero amor por ellos y vocación de servicio). Y cuando por fin lo logró, no dijo: ‘ya chole, ya hice demasiado’, sino que se encomendó a Dios para conseguir un terreno donde poder edificar dos casas planeadas especialmente para esta obra. Dio vueltas y vueltas, habló con incontables funcionarios y aguantó otro tantos ‘descolones’, sin soltarse nunca de la mano de Dios. Por fin recibió el terreno y se dio entonces a la desgastante tarea de reunir fondos para la construcción de dos casas hogar, cada una con capacidad para cuarenta niños y niñas invidentes.

Hace más de medio siglo que inició esta obra que, sostenida exclusivamente por Dios, mediante los donativos de personas de buen corazón, ha albergado a cientos de pequeños a los que les ha dado medios para salir adelante en la vida y, lo más importante, los ha enseñado a amar y a confiar en Dios y en María. Lo sé porque esta historia es de la vida real y esta señora es mi mamá, a la que desde aquí quiero expresar mi admiración porque a sus ochenta siete años sigue siendo fiel al lema del Patronato de Amigos del Estudiante Invidente IAP que ella misma creó: ‘Ser luz en el camino de sus semejantes’, pues se ha atrevido a soñar y a realizar sus sueños, porque sabe y da testimonio de que uno no puede nada pero Dios lo puede todo.

Como ella, quizá tú también puedas animarte a hacer algo concreto en favor de los pequeños. Desde tu propia experiencia. No se necesita otra cosa que iniciativa y confianza en Dios. Así pues, este ‘día del niño’ celebrémoslos con golosinas y juguetes, sí, pero el resto del año, de la vida, ¿qué haremos, qué harás por ellos?

Amor

Se le preguntó a un variadísimo número de personas, (entre las que había creyentes y no creyentes, ricos y pobres, sanos y enfermos, extranjeros y mexicanos, etc.) ¿qué consideraban lo más importante en sus vidas, qué era lo verdaderamente esencial? Fue interesantísimo comprobar que a pesar de sus diferencias prácticamente todos llegaron a la misma conclusión: el amor. Coincidieron en afirmar que por encima de muchas cosas que suelen ser tenidas por indispensables (como la salud y el dinero, por ejemplo), a la hora de la hora, lo que verdaderamente no puede faltar, lo que hace la diferencia para que una persona sea feliz es el amor.

Ahora bien, si eso es lo más importante para el ser humano vale la pena saber qué se entiende por ‘amor’, porque esta palabrita ha sido tan traída y llevada que cada uno la entiende y la aplica como se le ocurre y puede ser que ya no tengamos muy claro su significado.

Si tuvieras que dar una definición de diccionario, ¿qué dirías que es el amor? Tómate un momento para pensarlo.

Para algunos el amor es un sentimiento, es ‘sentir bonito’; para otros una buena acción; unos dicen que es un ideal inalcanzable, otros, un enigma. Para nosotros, como creyentes, el amor consiste en buscar el bien verdadero de la otra persona y poner los medios a nuestro alcance para conseguirlo. Y ¿cuál es ese bien verdadero? Que abra su corazón para recibir el verdadero amor, el que proviene de Dios.

Todo amor en este mundo es apenas un destello del amor de Dios, y está destinado a hacer que la persona a la que amas descubra por tu amor el amor de Dios. Y ¿cómo es el amor de Dios? Gratuito, incondicional, misericordioso, generoso, indiscriminado, inagotable... Eso significa que cuando tú amas gratuitamente, sin esperar beneficiarte o que te den las gracias, que te devuelvan el favor, que te aplaudan, estás amando como ama Dios; que cuando amas incondicionalmente, sin poner trabas, sin exigir requisitos, estás amando como ama Dios; que cuando amas misericordiosamente, es decir, a pesar de las miserias del otro, de sus defectos, de sus errores y caídas, estás amando como ama Dios; que cuando amas generosamente, no a cuentagotas ni con mezquindad sino de todo corazón, estás amando como ama Dios; que cuando amas por igual a los que te aman que a los que no, a los que te hacen un bien que a los que no; a los que crees que ‘se lo merecen’ como a los que no, estás amando como ama Dios; que cuando amas sin poner diques a tu amor, sin cansarte de amar, sin decir ‘hasta aquí llegué’, estás amando como ama Dios. Y cuando amas así, tu amor brota de Dios, comunica amor divino, toca corazones porque es amor verdadero.

En la Primera Carta de San Juan hallamos uno de los textos más conocidos, más bellos, más consoladores y más exigentes de la Biblia: *“Amémonos los unos a los otros, porque el amor viene de Dios y todo el que ama ha nacido de Dios y conoce a Dios. El que no ama, no conoce a Dios, porque Dios es amor.”* (1Jn 4,7-8). ¿Qué significa esto? Que cuando amas participas, aunque no lo sepas, del amor de Dios, experimentas, aunque no te lo expliques, esa alegría y esa paz en el corazón que provienen sólo de Dios; realizas la vocación a la que estás llamado, pues fuiste creado por y para el amor. Nunca es más pleno y más feliz un ser humano que cuando ama. Y eso lo reconocen incluso los no creyentes. El amor le da sentido a toda existencia. Dice San Juan que amar es conocer a Dios, y en la Biblia el verbo ‘conocer’ implica tener una relación íntima, personal, cercanísima con alguien. Quien ama, entra en relación con Dios, aunque no se dé cuenta...

Qué bello descubrir que Dios quiere que lo conozcamos, que quiere entrar en relación íntima con nosotros y por eso nos ofrece mil oportunidades cada día para amar, mil oportunidades para disfrutar Su presencia luminosa en nuestra vida, para experimentar la felicidad de compartir y comunicar Su amor. El problema es que las desperdiciamos. Nos dejamos llevar por un mundo que nos invita no a aprovechar cada ocasión para amar sino para odiar, mentir, competir, juzgar, despreciar, discriminar, pasar por encima de otros para obtener nuestros objetivos y perdernos el encuentro con el Dios del amor. San Juan nos invita a retomar la brújula, a recordar por qué el amor es lo verdaderamente esencial en nuestra vida.

Alguien podría puede decir: ‘Nadie puede dar lo que no tiene, ¿cómo puedo amar si nadie me ama? ¿cómo puedo dar lo que no he recibido?’, a lo cual cabe citar lo que dice San Juan en su carta más adelante: “*El amor consiste en esto: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que Él nos amó primero*” (1Jn 4, 10). Como quien dice, no hay nadie que no pueda dar amor pues no hay nadie que no haya recibido primero un inagotable caudal de amor de parte de Dios. Así pues, prepárate porque el Señor está esperando para encontrarse contigo en la próxima oportunidad que se te presente para amar; no la dejes pasar...

Hablar de Dios y a Dios

Pruébalo, está riquísimo; pónelo, te lo presto; escúchalo, qué buen ritmo tiene. Éstas y otras frases parecidas suelen expresar nuestro deseo de que otros experimenten algo que consideramos que vale la pena. Es ‘socialmente aceptable’ querer compartir con otra persona la comida que te gusta, la ropa que usas, la música que te encanta, ¡ah!, pero cuando se trata de la fe, suele ‘tomarse a mal’ que quieras compartirla con otros, se considera una ‘imposición’, se te pide que dejes ‘que cada quien crea lo que quiera’.

Se ve normal que alguien que ha conocido a una persona que admira y respeta mencione a cada rato en sus conversaciones lo que ésta dice o hace, ¡ah!, pero si en tus conversaciones mencionas a Dios o citas la Biblia, probablemente se te tache de ‘mocho’, se te diga que exageras, que estás fuera de lugar; se te acuse de ‘querer catequizar’ al que se te pone enfrente.

El mundo quiere callar a los creyentes, pero ¿cómo podemos callar? Si todos encontramos gusto en compartir con otros las pequeñas cosas de todos los días, ¿cómo no compartir lo verdaderamente grande?; si buscamos presentarles a los demás a quien consideramos valioso y especial, porque creemos que les hará bien su amistad, o recibirán un favor, un servicio, un gran aprendizaje, etc. ¿cómo no buscar el modo de presentarles a Dios, del que recibirán el mayor bien de todos?

Qué difícil tener que callar cuando te topas con alguien que está sufriendo y siente que su vida es como una noche oscura y tú sabes que Dios puede iluminarla porque Él es Luz que vence las tinieblas, pero sabes también que esa persona no deja que se lo menciones.

Cómo cuesta constatar la angustiada desesperanza de quien ha perdido un ser querido y no halla consuelo porque no tiene fe, y no te cree que la muerte no es ausencia sino diferencia de presencia, que no es el final sino el inicio de una vida eterna, que quien murió no se perdió en la nada.

Qué triste ver a una pareja cuyo matrimonio se desmorona porque nunca dejaron que Dios los ayudara a amarse mutuamente como Él los amaba, y ver que buscan en vano soluciones y rechazan tu sugerencia de volver los ojos a Aquel cuya gracia es la única que puede rescatarlos.

Qué impotencia se siente al comprobar que hay tantos que viven tristes y abrumados por sus temores y problemas y se adentran en sendas que los hacen perderse, buscan respuestas que resultan falsas, quedan insatisfechos y se sienten vacíos, pero aún así no aceptan que los invites a encontrarse con Aquel que es el Camino, la Verdad y la Vida.

Qué deprimente ver que tantos tengan una idea distorsionada de Dios: lo crean lejano, indiferente o peor aún: injusto y cruel, pero no quieran salir de su error ni que les hables de que Él los ama tanto que se hizo cercano, que comparte sus penas, que los comprende, que vino a darlo todo para liberarlos, que venció el mal y la muerte, que si se toman de Su mano no habrá nada que pueda derrotarlos.

Qué pena que no permitan que les anuncies que la misericordia de Dios es infinita, que Sus designios son siempre para bien.

Qué desolador no poder animar a todos a atreverse a hacer la prueba y comprobar, como dice el salmista, “qué bueno es el Señor” (Sal 34,9).

Y qué desesperante encontrar también a tantos soberbios y autosuficientes, que comprueban una y otra vez que no pueden salir adelante solos pero se empeñan en seguir golpeándose contra un muro porque no quieren que ni tú ni

nadie les recuerde que Jesús es la Vid y nosotros los sarmientos, que sin Él nadie puede hacer nada...

Si estamos enamorados del Señor nos resulta doloroso no poder compartir con todos el gozo y la paz que inunda el corazón cuando se vive con Él y para Él. ¿Qué podemos hacer? San Pablo nos lo enseña (ver Ef 1,17-19): hace oración pidiendo que todos puedan conocer a Dios.

Resulta significativo que este apóstol que una vez que se encontró con Cristo dedicó su vida entera a darlo a conocer a todos los que pudo, viajó incansablemente, predicó sin cesar, y enfrentó tremendas persecuciones sin amilanarse, reconozca que no bastan los propios esfuerzos para convertir a otros, y que lo mejor es orar por ellos para pedir al propio Dios que les conceda conocerlo y les ilumine la mente para que puedan comprender que sólo Él puede darle sentido a su vida. Este ‘superapóstol’ no confía en sus propias fuerzas: encomienda a todos al Señor, sin desanimarse.

Como creyente encontrarás una y otra vez a personas muy necesitadas de Dios que lamentablemente no querrán ni oír hablar de Él. ¿Cómo reaccionar en estos casos? Desde luego no ‘tires la toalla’ sino espera a ver si surge una ocasión propicia en la que sientas que están receptivas para recibir la Buena Nueva y ¡aprovéchala!, pero, sin importar si ese momento tarda o parece no llegar, no dejes nunca de orar por ellas.

Recuerda esto: Quizá no puedas hablarle a una persona de Dios, pero siempre podrás hablarle a Dios de esa persona...

Contar con alguien...

Cuando debes tomar una decisión importante, ¿cuentas con alguien que te ayude a elegir el camino a seguir?, ¿alguien que te conozca bien, quiera sólo lo mejor para ti y pueda indicarte lo que de veras te conviene, sin jamás equivocarse?, ¿alguien cuya guía sea verdadera luz que te conduzca hacia el mayor bien?

Cuando lees la Palabra de Dios, ¿cuentas con alguien que te ayude a entenderla, más aún, que te haga ver cómo se aplica a lo que te está pasando?, ¿cuentas con alguien que ame tanto la Escritura que te contagie su amor, te haga ‘agarrarle el gusto’, querer conocerla más y descubrir en ella las respuestas a todas tus interrogantes?, ¿cuentas con alguien que te ayude a recordarla justo cuando más lo necesitas, que traiga a tu mente ese preciso texto, tan significativo, que viene como anillo al dedo para lo que tú o alguien cercano a ti está pasando en este mismo momento?, ¿cuentas con alguien que te anime a hacer de la Palabra ‘lámpara para tus pasos y luz en tu sendero’?

Cuando se trata de ordenar tus prioridades y decidir qué es lo más importante en tu vida, ¿cuentas con alguien que te ayude a poner cada cosa en su lugar y a Dios en el centro de todo?, ¿alguien que te enseñe cómo usar cuanto eres y tienes de la mejor manera posible?, ¿alguien que se preocupe de veras por ti y no te deje en paz si ve que te estás creando ‘ídolos’, que te estás apegando desordenadamente a cosas o

personas, y te muestre una y otra vez cómo ser realmente libre?

Cuando tienes que dar una opinión, un consejo, ¿cuentas con alguien que te asesore para que tus palabras den en el blanco, toquen el corazón, ayuden en verdad a otros a guiarse por criterios cristianos?, ¿alguien que siempre sepa qué decir y te lo comunique para que a tu vez puedas compartirlo?

Cuando te haces un buen propósito que resulta difícil de cumplir, ¿cuentas con alguien que te anime, que te ‘eche porras’, que no te deje flaquear ni darte por vencido? Y si enfrentas situaciones difíciles o dolorosas, ¿cuentas con alguien que sepa consolarte y te dé lo necesario para superar el desaliento, la tristeza y el temor, y te apunte por dentro para que seas capaz de enfrentar lo que sea con nuevos bríos?

Cuando te sientes tentado a hacer a un lado tu vida de fe, a faltar a Misa, a dejar de leer la Palabra de Dios o dejar de orar ¿cuentas con alguien que inspire en ti tal amor al Señor que vuelvas a enamorarte de Él y, como todo enamorado, busques con nueva ilusión momentos para encontrarte con Él, no sólo en la Eucaristía, sino también en ratos de sabroso diálogo íntimo a solas los dos?, ¿cuentas con alguien que te aliente continuamente a mantener en tu corazón vivo el deseo de estar siempre en estrecha comunión con Dios, y a hallar en Él la fuente de toda tu alegría, consuelo, paz y esperanza?

Cuando se te presenta la tentación, la posibilidad de seguir o no la voluntad de Dios, ¿cuentas con alguien que sepa empujarte suavemente en la dirección correcta pues sepa recordarte el infinito amor que te tiene el Señor y sepa sembrar en tu corazón el temor de no corresponderle, el temor de hacer algo que pueda decepcionarlo, entristecerlo o lastimarlo?, ¿cuentas con alguien que, como verdadero amigo, vele por ti para que nunca defraudes la vocación a amar a la que Dios te llama?

Si a todas estas preguntas respondes con tristeza que no cuentas con ‘alguien’ tan maravilloso que haga tanto por ti,

déjame decirte que estás en un error, pues ¡sí que cuentas con Él!: se trata del Espíritu Santo: del mismo del que afirmamos en el Credo que procede del Padre y del Hijo y es Dios; el mismo del que nos cuenta la Biblia que aleteaba sobre el caos al inicio de la Creación; inspiró a todos los profetas; fecundó el vientre virginal de María para que concibiera al Salvador; dio a los apóstoles el valor y la elocuencia para salir a anunciar la Buena Nueva, y desde entonces sostiene y conduce a la Iglesia. Él vino a ti en tu Bautismo para integrarte a la gran familia del Padre, ser tu Huésped, comunicarte los dones y carismas que necesitas para edificar el Reino, colmarte de amor, alegría y paz, y en todo intervenir a tu favor.

Advierte Su presencia y regocíjate no sólo por lo que hace por la Iglesia en general sino por lo que hace por ti en particular, por la manera discreta y eficaz como interviene en tu vida apoyándote, guiándote e intercediendo siempre por ti. Y dale las gracias por ser ese ‘alguien’ con el que cuentas en todo momento para ordenar todo caos, iluminar toda senda, incendiar tu corazón y renovar la faz de la tierra.

Sólo Él

Se han puesto de moda los programas de concurso. A los espectadores nos divierte poder participar en cierto modo, sin tener que estar frente a la cámara ni sufrir los nervios ni la presión. Quitados de la pena, desde la comodidad del hogar, vamos contestando las preguntas que le hacen al concursante, o nos imaginamos cómo resolveríamos lo que él tiene que resolver; cuando no sabe la solución y nosotros sí, se la soplamos como si pudiera oírnos, y cuando es él el que sabe y nosotros no, nos regocijamos de no haber estado ahí exhibiendo nuestra ignorancia en cadena nacional. Es bonito ver llover y no mojarse...

Pues bien, así como los concursos de la tele nos hacen plantearnos cómo responderíamos nosotros si estuviéramos ahí compitiendo, hay un texto bíblico cuya narración acerca de una peculiar competencia nos invita tácitamente a preguntarnos con cuál de dos ‘concurstantes’ nos identificamos y cómo solemos resolver nosotros la situación que ellos enfrentaron.

Está tomado del Primer Libro de los Reyes (ver 1Re 18, 20-39). Allí se nos narra que la gente estaba indecisa, no sabía si adorar a Dios o a un dios pagano llamado Baal. Esto desespera a un profeta llamado Elías, quien decide hacer algo drástico para que la gente se dé cuenta de una vez por todas quién es el único Señor. Reta a los profetas de Baal, que son nada menos que ¡cuatrocientos cincuenta!, a competir con él para demostrar quién es superior, si Dios o Baal. Tanto él

como ellos ponen idéntica ofrenda sobre un altar de leña y oran para que baje fuego del cielo y la consuma. Los profetas de Baal lo llaman hasta desgañitarse y no sucede nada; se ponen a dar brincos y a bailar y nada. Elías les sugiere con cierta sorna: *“Griten más fuerte, porque a lo mejor Baal su dios está muy entretenido conversando o tiene algún negocio o está de viaje. A lo mejor está dormido y así lo despiertan.”* (1Re 18,27). Ellos aumentan la intensidad de sus ruegos, incluso comienzan a provocarse heridas, pero no pasa nada. Entonces, cuando le toca el turno al profeta Elías, hace gala de su confianza en Dios pues manda que empapen la leña tres veces como para demostrar que, contra toda lógica que dice que sólo la leña seca arde, Dios puede intervenir y quemar incluso la leña mojada. Luego sin brincos ni aspavientos hace una sencilla invocación al Señor en la que al final le pide: *“Respóndeme, para que todo este pueblo sepa que Tú, Señor, eres el Dios verdadero que puede cambiar los corazones.”* (1Re 18, 37). Como es de esperarse, de inmediato baja fuego del cielo que consume la ofrenda. Y toda la gente comprende que ha estado errada al dudar entre adorar a Dios o a Baal, y postrándose en tierra afirma: *“El Señor es el Dios verdadero, el Señor es el Dios verdadero”* (1Re 18, 39).

Retomando lo que se planteaba al principio, cabe que te preguntes ¿con cuál de estos dos ‘concurstantes’ te identificas?, ¿con Elías, que a pesar de estar en aparente desventaja (¡uno contra cuatrocientos cincuenta!) no se amilana, y armado tan solo con su confianza en Dios sale victorioso?, ¿o con los que ponen su confianza en un dios inventado por ellos mismos?

Se trata de un dilema que se nos presenta todo el tiempo, todos los días. ¿Cómo reaccionamos? ¿Nos fiarnos de Dios aun en las circunstancias más difíciles?, o ¿abandonamos la fe en Él y cedemos a la tentación de buscar el modo de que las cosas salgan como deseamos por nuestros propios recursos o incluso recurriendo a medios como, por ejemplo rituales supersticiosos (‘tocar madera’); o tener o usar ciertos objetos a los que atribuimos propiedades mágicas?

Una y otra vez en la Biblia se plantea que cuando confiamos enteramente en el Señor no quedamos nunca defraudados, y en cambio si nos resistimos a entregarle el

control y queremos conservarlo, nos topamos una y otra vez con fracasos y situaciones que nos enfrentan a nuestros pobres límites, pedagógica manera que tiene Dios para animarnos a reconocernos por fin necesitados de Él y a abandonarnos en Sus manos amorosas.

Tómate un momento para considerar si realmente Dios es el Señor de tu vida o si ya te acostumbraste a ‘sacarle la vuelta’ y a buscar ayuda en otro lado...

Cabe aclarar que reconocerlo como Señor no implica quedarnos de brazos cruzados, no. Él espera de nosotros que luchemos por salir adelante y que nos esforcemos por resolver las cuestiones que se nos van presentando en la vida, pero quiere que lo hagamos con la esperanza puesta en Él y la certeza de que si las cosas no salen como esperamos, Dios lo permite por una buena razón que quizá no alcanzamos a comprender y debemos aceptarla confiados en Su sabiduría y en Su amor infinito hacia nosotros.

Otro texto de la Sagrada Escritura te propone: *“Reconoce, pues, y graba hoy en tu corazón que el Señor es el Dios del cielo y de la tierra y que no hay otro”* (Dt 4, 39).
¿Aceptarás este reto?

Celebrar al Padre

Quién sabe quién inventó el ‘día del padre’ (probablemente un astuto comerciante que vio las jugosas ganancias que rindió el ‘día de la madre’), lo curioso es que en este día la mayoría celebra a su papá, muchos felicitan a los padres de su parroquia, y pocos son los que dedican el día a celebrar a Dios Padre, que es, como dice San Pablo, “*de Quien proviene toda paternidad en el cielo y en la tierra*” (Ef 3,14).

¿Por qué será esto? Para responder permítanme compartir las siguientes reflexiones, tomadas de mi libro ‘Para orar el Padrenuestro’:

Considerar a Dios como Padre todavía nos desconcierta. Pregúntate: Si fueras a escribirle una carta a Dios ahora mismo, ¿con qué término te dirigirías a Él? ¿Querido Dios? ¿Señor? ¿Dios mío?...¿Padre?

Nos cuesta trabajo llamarlo así, tan familiarmente. Nos sentimos un poco tiesos, como esos niños -que nunca faltan en las telenovelas mexicanas- a quienes, después de miles de peripecias y dramas, les presentan de golpe a un papá al que no conocían ni habían visto jamás en su vida, y al que no saben cómo dirigirse ni qué decirle.

Nos sentimos raros llamando a Dios simplemente ‘Padre’, y no solemos tampoco referirnos a Él así. Como que sentimos que si decimos, por ejemplo, ‘mi Padre me ha dado todo’, sonamos como ‘juniors’ que presumen de su muy mundano ‘papi’.

Y esto se debe a que en el fondo quizá no nos atrevemos a tener o a expresar que tenemos con Él una relación tan cercana. Pero cuando Jesús enseña a orar a Sus discípulos, los invita a dirigirse a Dios llamándolo “Abbá”, que traduce como: ‘papá’, ‘papito’, ‘papi’, o incluso ‘pa’, es decir ese diminutivo cariñoso que emplea un niño para dirigirse a su progenitor.

Jesús nos pide que lo primero que hagamos sea dirigirnos a Dios como Padre, para que lo primero sea ubicarlo no como Dios Todopoderoso y lejano, sino como Padre cercano y amoroso. Jesús quiere que, en la oración, nos sintamos ‘en familia’. El problema es que esto implica, para muchas personas una gran dificultad, porque al llamar a Dios ‘Padre’ lo relacionan con su padre en este mundo, o con quien representa para ellas una figura paterna, y tienden a creer que los defectos de éste los tiene también Dios Padre. Así, por ejemplo, si su papá se desentendió de la familia, consideran que Dios Padre es igual, que creó el mundo y no se ocupó más de él; o si su papá era colérico, injusto, castigaba con violencia, quizá tienden a pensar que Dios Padre es así y le tienen miedo pero no amor.

Si estás en ese caso y tienes una mala imagen de lo que es un padre, es importante que la desligues de la de Dios, y para ello puede resultarte muy útil realizar el siguiente ejercicio: Toma papel y lápiz y anota cuáles son las cualidades que, a tu juicio, debe tener un padre para ser perfecto (por ejemplo: amoroso, interesado en promover el desarrollo de sus hijos, compasivo, solidario). Pon todos los detalles que se te ocurran.

Cuando termines, da vuelta a la hoja y anota los defectos que tiene o tuvo tu padre terreno o la persona que representa o representó para ti una figura paterna. No importa si ya falleció, recuerda y anota. No temas enfrentar la verdad y reconocer las fallas de tu progenitor. No creas que estás faltando al mandamiento de ‘honrar a tu padre y a tu madre’. No es algo que vas a mostrar a nadie, así que no te preocupes. Todos conocemos los defectos de nuestro padre, pero a veces los negamos, los enterramos, no queremos reconocerlos porque nos parece una falta de respeto, pero es necesario

sacarlos a la luz, no para hablar ‘mal’ de él, sino para descubrir cuáles de sus defectos o maneras de ser afectaron o afectan tu concepción de lo que debe ser un padre. Si, por ejemplo, tuviste o tienes un padre que cuando no haces lo que te pide te deja de hablar, seguramente achacas a Dios Padre esta característica y cuando caes, cuando pecas, te alejas de Él porque crees que no te hará caso, que no te quiere ‘ni ver’. O si tuviste o tienes un papá que no te sabe escuchar, que no te presta atención, es posible que no hagas oración porque pienses que es inútil, que Dios no atenderá lo que le digas. Por eso escribe sin pena, haz una lista todo lo larga que puedas, no dejes nada fuera.

Al final ponte en oración y coloca la lista en las manos de Jesús. Pídele que te ayude a sanar cada una de las heridas que los defectos de tu papá te hayan causado, que te ayude a comprenderlo, perdonarlo y amarlo.

Luego pídele que te ilumine para saber reconocer que Dios Padre no es así; que te ayude a descubrir la paternidad de Dios, que es amor. Voltea entonces tu hoja y relee las cualidades que anotaste, las que consideras que debe tener el padre ideal. Pídele a Jesús que te ayude a descubrir cómo Dios las tiene todas y aún ¡más y mejores todavía!, que te haga sentir cuánto te ama el Padre y cómo siempre te tiene en Sus manos amorosas.

Tómate tu tiempo en todo esto. Es importante que lo hagas bien para que ya nada te estorbe para descubrir el gozo de saber que Dios es tu Padre y lo puedas celebrar no sólo en éste Su ‘día’, sino cada día de aquí a la eternidad.

(Tomado del libro de Alejandra Ma. Sosa E *Para orar el Padrenuestro*, Ediciones72, México, 2002, pp23-25; 27-28)

¿Quién es el que no escucha?

‘**D**ios no escucha la oración, Dios no escucha la oración, si no estás reconciliado’.

Así cantaba una viejita, amenazadora y a todo pulmón, el otro día en Misa. Su canto empezó suavemente y con una bella propuesta (‘amémonos de corazón’), pero esta frase continuó con algo muy extraño: ‘no de labios ni de oídos’ (¿qué querría decir?, ¿lo de ‘labios’ se referirá a no dar besos?, ¿y lo de ‘oídos’?), y después de algunos versos un tanto cuanto rípidos, coronó con la escalofriante frase mencionada al principio, y que vale la pena analizar porque esta canción es muy socorrida pero presenta una imagen distorsionada de Dios.

Vamos por partes. ¿Qué es eso de que ‘Dios no escucha’? No puede ser que implique que Dios padece algún tipo de discapacidad auditiva, Él lo puede todo y está en todas partes, por lo cual lo ve todo y lo escucha todo. Dice el salmista que Dios percibe la palabra que todavía ni siquiera pronunciamos (ver Sal 139, 4), como quien dice escucha no sólo lo que decimos sino incluso ¡lo que pensamos! Entonces, ¿qué quiere decir que ‘Dios no escucha’?, ¿que no presta atención?, ¿que Dios se desentiende de quien no está ‘reconciliado’, es decir, del pecador? El autor de ese canto quizá considera a Dios como un papá adusto y exigente que cuando el hijo se porta mal le retira el habla, lo castiga con la

‘ley del hielo’, pero basta hojear el Nuevo Testamento para descubrir una imagen ¡muy diferente! Ahí Jesús, que es el Único que en verdad conoce al Padre (ver Mt 11,27), nos anima a llamarlo ‘Abbá’ (papito), nos lo presenta como ese papá amoroso que sale corriendo a abrazar al hijo descarriado cuando éste vuelve a casa (ver Lc 15, 11-24), que ama a todos con un amor infinito y misericordioso (ver Lc 12,32; Jn 15,19), y que no discrimina nadie, pues igual hace salir el sol o llover sobre justos o injustos (ver Mt 5,45).

San Pablo nos hace notar que la prueba de que Dios nos ama es que cuando todavía éramos pecadores nos envió a Su Hijo, y que Cristo murió por nosotros cuando no estábamos ‘reconciliados’ (ver Rom 5,6-8).

Jesús mismo dijo que no vino a llamar a conversión a los justos sino a los pecadores (ver Lc 5,32) y nunca le negó el habla, Su mirada amorosa o Su atención a nadie, sin importar si se trataba de una persona virtuosa o todo lo contrario, a pesar de que por ello fue tremendamente criticado (ver Lc 15,1-2).

¿Cómo afirmar entonces que Dios no escucha al que no está reconciliado? ¡Qué injusta y falsa acusación!

Cuando Jesús se le apareció a Santa Faustina Kowalska le dijo que lo que más le dolía es que la gente no confiara en que Su misericordia es infinita, y añadió que cuanto más pecador es alguien ¡más derecho tiene a acogerse a la misericordia divina!. Ahí tenemos el caso de San Pedro y San Pablo: ambos cometieron algo muy reprobable (Pedro negó a Jesús y Pablo persiguió despiadadamente a los cristianos), pero cuando estaban más hundidos en la tiniebla, el Señor no los abandonó sino les tendió la mano, les hizo sentir Su amor y les dio una notable muestra de Su perdón y confianza: a Pedro lo mantuvo como cabeza de la Iglesia, y a Pablo, lo envió a dar a conocer la Buena Nueva de Su amor a todos los pueblos. He ahí un claro ejemplo de cómo se porta Dios con quien cae en el pecado: ni lo desoye ni lo exilia de Su corazón.

Y si alguien objeta y alega que como la Iglesia enseña que ‘el pecado grave nos priva de la comunión con Dios’ (ver CIC 1472) sí cabe pensar que es verdad lo que dice la canción y que Dios no escucha al que no está en comunión con Él, se le

puede hacer ver cómo esa enseñanza de la Iglesia es compatible con lo que dice la Biblia sobre el amor de Dios. Visualiza esto: si una persona está a mediodía en el umbral de una cueva y sale, le dará el sol plenamente, pero si se introduce en la cueva, caminará sobre su propia sombra, de espaldas a la luz. El sol no deja de brillar pero la persona no percibe la luz pues camina hacia la oscuridad, y mientras más se adentra en la cueva, más tiniebla la rodea. Así, el que acepta en su vida el pecado, da la espalda a la luz de Dios, no es que ésta deje de brillar. Es el pecador el que se priva de la comunión con Dios, no viceversa. Dios no deja de amarlo, verlo, escucharlo y buscar el modo de hacerlo voltear de nuevo hacia Él, de hacer que reoriente sus pasos, es decir, se convierta y salga de su pecado. No es Dios el que no escucha al pecador, es el pecador el que se cierra a la escucha de la voz de Dios. Y lo peor es que en la negrura a la que penetra no está solo: hay alguien interesado en que se quede allí, que lo empuja más adentro y lo anima a prescindir de la luz de Dios y a conformarse con alumbrarse con algo tan breve como la llama de un cerillo, siempre insuficiente y que, sin duda, terminará por quemarlo...

El que sumido en lo hondo del pecado ora a Dios siempre es escuchado y siempre recibe respuesta, el problema es que no siempre la capta pues se ha alejado de la luz, se ha cerrado a la gracia. Es como el que está sucio pero se baña con paraguas: no deja que el agua lo toque y lo limpie. Si por ejemplo, un pecador pide a Dios paz, Dios lo escucha y le da Su paz, pero el pecado en esa persona es un antídoto para la paz, interfiere, no le permite experimentarla; y si el pecador echa la culpa a Dios por su falta de paz comete una injusticia: no es que Dios no escuche su oración o no le dé la paz que pidió, es que él no sabe aprovecharla.

Necesita aceptar, como San Pedro, como San Pablo, la mano que Dios le tiende para salir del pecado, volverse, dejar atrás la oscuridad y empezar a andar de cara a la luz de Dios, abierto de veras a recibir y disfrutar Su gracia.

ORACIÓN PARA CONSAGRAR A LA FAMILIA AL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS

Sagrado Corazón de Jesús
Te consagramos nuestra familia

que la llama de Tu corazón nos ilumine
y nos muestre el camino
que vivamos al amparo de Su luz
sepamos obedecer lo que nos pides
que no pongamos diques a Tu gracia
y aceptemos con gozo y gratitud nuestra cruz

resguárdanos dentro de Tu corazón
de los embates del mundo
y haznos sordos a las mentiras con las que busca seducirnos

consérvanos unidos en la fe y la oración
en el amor a Tu Palabra, a los Sacramentos y a Tu Iglesia
en la certeza de que eres el Camino, la Verdad y la Vida
y sólo en Tu amor nuestras preguntas hallan respuesta

enciende en nosotros Tu esperanza
orienta y fortalece nuestros pasos
alumbra nuestros sueños y proyectos

enséñanos a amarnos como Tú nos amas
para que a pesar de nuestras caídas
y por encima de nuestras diferencias
sepamos disculparnos y tendernos la mano

nuestra familia es Tu familia
te agradecemos el consuelo de contar
con Tu promesa de no dejar que la muerte
nos pueda separar

Sagrado Corazón de Jesús
en Ti confiamos

guárdanos en el cálido refugio
de Tu misericordioso corazón
de donde brotan Tu paz y Tu perdón
quema todas nuestras faltas
en Tu hoguera
haznos testigos Tuyos
y envíanos a compartir con todos
el incendio abrasador e inextinguible de Tu amor
Amén.

Oración por las elecciones en México

Padre nuestro:

Queremos poner en Tus manos amorosas a México. Que el Sagrado Corazón de Tu Hijo, a quien está consagrada nuestra patria, la sumerja en el mar inagotable de Su divina misericordia, y que Tu Espíritu Santo nos ilumine y nos guíe.

Te pedimos por todos los votantes. Líbranos de renunciar a nuestro derecho a ejercer el voto libremente; líbranos de comerciar con él y ceder a las manipulaciones. No nos dejes tampoco caer en la desconfianza, la indiferencia, el desánimo de creer que nuestra voz no cuenta. Como creyentes sabemos que tenemos el deber de votar, ayúdanos a cumplirlo responsablemente.

Te pedimos por todos los involucrados en el proceso electoral. Líbralos de las presiones de quienes pretendan orillarlos a realizar actos fraudulentos y dales un firme amor a la verdad y a nuestro país que los mueva a llevar a cabo su encomienda honradamente.

Te pedimos por todos los candidatos. Dale Tu luz a quien obtenga la victoria, para que sepa gobernar con amor,

sabiduría, prudencia, integridad y justicia. Líbralo de la frivolidad, de creer a los aduladores y de perder contacto con la realidad; dale humildad para reconocer sus limitaciones, inteligencia para pedir ayuda cuando la necesite, compasión para no ser indiferente al sufrimiento de los más necesitados, y capacidad de diálogo y de perdón hacia sus adversarios; líbralo de toda tentación de violencia o de venganza, y haz que sepa ejercer el poder no para beneficiarse sino para cumplir sus promesas de edificar entre todos la patria que anhelamos.

Dale a los candidatos que pierdan la contienda la capacidad de aceptar sin encono el resultado, dejar atrás prejuicios y rencores, y disponerse a seguir poniendo sus capacidades mejores al servicio del país.

Tú conoces, Señor, el empeño y la ilusión que los miembros de los partidos y sus simpatizantes han puesto en ganar esta contienda. Ayuda, a quienes vieron coronados sus esfuerzos con la victoria de su candidato, a que con el mismo entusiasmo se dediquen a apoyarlo para llevar a cabo sus proyectos, buscando no su propio bienestar sino el de todos. Anima también, a quienes vieron frustradas sus ilusiones de ver triunfar a su candidato a comprender que ha llegado el momento de anteponer el bien de la patria a sus intereses personales o de partido; que es tiempo de ya no centrarse en lo que los diferencia de quienes ganaron sino en lo que los asemeja: su afán de dar lo mejor de sí para el bien común; que no se atoren en el desencanto de la derrota ni dejen perder todo lo bueno que tenían que ofrecer sino que sepan recuperarse y ponerse de lleno a trabajar por México.

Permítenos también encomendarnos a la amorosa intercesión de Santa María de Guadalupe, Señora y Madre de los mexicanos. Ampáranos bajo su manto y atiende sus ruegos por nosotros. Deja que nos conduzca de la mano por las sendas de la paz y la concordia, y que vele siempre para que nada nos divida ni nos haga olvidar que Tú eres nuestro Padre y somos todos hermanos.

Te lo pedimos y te lo agradecemos. Amén

Paradojas de Dios

¿Qué es una paradoja? -preguntó la hija de una amiga. Su maestra de religión les dijo que a San Pablo le gustaba emplear paradojas y les pidió buscar un ejemplo en las cartas de este apóstol en la Biblia. Tras explicarle que una paradoja es algo que resulta contrario a lo que se esperaría o una frase que en sí misma parece contradictoria, mi amiga le dio una Biblia y la joven se puso a hojear el Nuevo Testamento a la caza de paradojas. Pronto halló un texto que contiene una de las más famosas, bellas y profundas paradojas escritas por San Pablo. Dice el apóstol: “*cuando soy más débil, soy más fuerte*” (2 Cor 12,10). La lee uno y dice: ¿¿¿qué???, ¿cómo estuvo?, ¿hay que ser débil para ser fuerte?, nadie quiere ser débil, todo mundo admira a los fuertes, entonces, ¿cómo entender esto?

Sólo se puede responder si se toma en cuenta a Dios. Ello sitúa las cosas en perspectiva. En nuestro mundo la fuerza es vista como preferible a la debilidad, pero por más que nos creamos fuertes y nos empeñemos en dominar nuestras circunstancias, llega una enfermedad, un desastre natural, una crisis, la cercanía de la muerte y no nos queda otro remedio que darnos cuenta de que somos débiles, frágiles, impotentes. Sólo si desde el principio nos reconocemos necesitados de Dios, dependientes de Él, y le pedimos ayuda, nuestra debilidad se ve fortalecida por Su gracia y con Él de la mano, todo lo superamos. La debilidad, puesta en manos del Todopoderoso se transforma en fuerza. De ahí lo que dice San

Pablo: cuando soy más débil, es decir cuando reconozco que por mí mismo no puedo nada, entonces soy más fuerte, es decir, permito que intervenga Aquél que es verdaderamente Fuerte, el Señor de todo cuanto existe, para Quien nada es imposible.

Reflexionaba acerca de cómo ilustrar esto de manera práctica y vino a mi mente un apasionante relato que estuve leyendo en estas noches lluviosas: un libro que narra la biografía de una mujer contemporánea que a lo largo de toda su vida se ha atrevido a abandonar tan confiadamente su debilidad en manos de Dios, que Aquel que todo lo puede la convirtió en Su instrumento y por su medio ha realizado verdaderas maravillas:

Se trata de una religiosa norteamericana de origen italiano, conocida como Madre Angélica, en cuya vida la fragilidad y el dolor ofrendados al Señor han dado abundantísimos buenos frutos. Cuando era jovencita, se curó, gracias a la oración, de una dolencia de la que no se hallaba origen ni cura, y quiso dedicar su vida a servir a Dios y a orar. Ingresó al convento de Clarisas Pobres del Santísimo Sacramento, orden franciscana de clausura. Años después antes de someterse a una cirugía de la que se temía saldría sin poder caminar, prometió a Dios que si se recuperaba fundaría un monasterio en el sur de EUA. Se curó y obtuvo autorización para realizar este proyecto. Logró comprar un terreno con el dinero que ella y sus hermanas reunieron haciendo y vendiendo anzuelos y luego vendiendo cacahuates tostados. Con donativos que llegaban milagrosamente inició la construcción. Cada problema se resolvía de un modo que no dejaba duda de la intervención divina. Luego ella empezó a dar charlas, a venderlas en cassettes, y a escribir y editar folletos y libros que empezaron a distribuirse en todo EUA. Como la invitaban a presentarse en TV, se le ocurrió videogravar programas sobre temas de fe y venderlos. Tuvo gran éxito pero cuando se dio cuenta de que la televisora transmitía programas cuyo contenido atentaba contra la fe y la moral decidió retirar su material de allí. Le dijeron: ‘sin nosotros está acabada: nos necesita’. Respondió: ‘sólo necesito a Dios’, y así, sin saber nada de medios de comunicación, se encomendó al Señor y se

lanzó a poner su propia televisora en el patio del convento. Con donativos compró el equipo, consiguió los permisos y fundó EWTN (Eternal Word Television Network), la primera estación de TV vía satélite en EUA dedicada a difundir la fe católica tal como la enseña el Magisterio de la Iglesia. Empezó transmitiendo cuatro horas diarias, luego seis, luego tuvo que dar el salto a 24 horas diarias. Sin anuncios comerciales, se atrevió a depender de la Divina Providencia y nunca ha quedado defraudada.

Hoy EWTN llega a más de 130 millones de hogares en los cinco continentes. Transmite en inglés y español por satélite, DBS, TV, AM y FM; su señal por radio de onda corta llega a cerca de seiscientos millones de personas en todo el orbe, y por internet (www.ewtn.com) su alcance es incalculable. Lo llamativo es que todo comenzó a partir de nada. Dice la Madre Angélica, que para que Dios haga el milagro uno tiene que estar dispuesto a hacer, antes, el ridículo, y que cuando Dios quiere hacer algo grande necesita de tontos que como no saben que eso no se puede hacer, se ofrecen a hacerlo, pues los muy listos que están seguros de que eso no se puede hacer no se prestan para ser instrumentos divinos. Por eso en ella se hizo posible lo imposible: es monja de clausura y su voz resuena en todo el mundo; casi no sale de su convento y la ven hasta en los últimos rincones del planeta; no posee ni un centavo y creó la cadena religiosa de medios de comunicación más grande que hay, edificó dos monasterios y una capilla; no tuvo preparación pero escribió libros, fundó dos congregaciones y enseña a millones las verdades de la fe. Muchas veces perdió la salud, pero el Señor le ha permitido recuperarse milagrosamente y hoy tiene 83 años. Por su firme fe, la más débil resultó la más fuerte. Paradojas de Dios...

Santos e irreprochables

¿No te ha pasado que a veces sientes que en tu intento por llevar una vida cristiana te sucede como cuando duermes con una sarape o cobertor demasiado chico que si te cobijas de un lado te descubijas de otro? Así, por ejemplo, en la mañana haces una muy buena acción, pero en la tarde hablas pestes de alguien; un día das ayuda a una persona necesitada, y al día siguiente volteas para otro lado para no tener que echar la mano; en un momento dado logras controlar tu impaciencia pero al poco rato das rienda suelta a tu ira, y así sucesivamente, vas por la vida pasando de la virtud al pecado y del pecado a la virtud; sientes que tu vida de fe es un subir y bajar, bajar y subir que pondría verde de envidia a cualquier montaña rusa pues también tú te elevas con demasiada lentitud y descienes con vertiginosa rapidez.

Si acaso comienzas a creer que nunca vas a poder superar lo malo y a estabilizarte en lo bueno, y tienes la impresión de que lo malo que has acumulado es un lastre del que no lograrás deshacerte, fijate lo que dice San Pablo en su carta a los efesios: que Dios nos eligió *“antes de crear el mundo, para que fuéramos santos e irreprochables a Sus ojos, por el amor”* (Ef 1,2). Y antes de que repeles pensando que ese texto no te anima sino al contrario, te hace pensar con desánimo que estás muuuuuy lejos de ser santo o irreprochable, pon atención y fijate cómo termina el apóstol la frase: *“por el amor”*. He ahí la puerta que se abre a la esperanza. Significa que tú, que sientes que tienes demasiados

pecados acumulados, demasiadas cicatrices, que caes continuamente y ya has caído demasiadas veces, puedes dejar lo malo detrás y, a pesar de tu pasado, alcanzar la santidad “*por el amor*”. Eso puede entenderse de dos maneras: por el amor de Dios, es decir, que puedes llegar a la santidad gracias al amor con que Dios te ama y te perdona y te rescata de tus miserias, y también gracias al amor de Dios que tú recibes y comunicas a los demás (especialmente a quienes no te aman y a quienes más te cuesta amar). Como quien dice si amas, es decir, si vives buscando hacer verdadero bien a los demás, no es demasiado tarde para ti. El amor te santifica, lava tus culpas, deja todo lo malo detrás, te hace santo e irreprochable a los ojos de Dios.

Esto me recuerda algo que leí hace tiempo hojeando una revista de espectáculos mientras hacía fila en un supermercado: no sé qué famoso artista tuvo una idea muy ingeniosa para que ni los reporteros que rodeaban su mansión por tierra ni los que lo hacían desde un helicóptero pudieran tomar fotos de una cena que iba a tener al aire libre en el patio central de su casa. Colocó en puntos estratégicos de la fachada y la azotea unos enormes reflectores dirigidos hacia afuera de modo que quienes enfocaban sus cámaras hacia la casa sólo captaban esas luces deslumbrantes y nada más, lo que había detrás quedaba a contraluz y no salía, no se veía. Quizá se podría decir que el amor es algo semejante: es tan luminoso (ver Mt 5,16), que su resplandor no deja ver lo oscuro que queda detrás, es lo único que atrae la atención, lo que capta la mirada de Dios.

Ahí tenemos el caso de María Magdalena. ¿Qué sabemos de ella? Desde luego que para averiguarlo no hay que recurrir a una novela o película cuyo autor no es creyente, no tiene interés en difundir la verdad sino en lucrar con la ignorancia y el morbo de la gente, y no se basó en la Biblia sino en obras cuyos propios autores reconocen que son puro invento. No. Para saber quién fue María Magdalena hay que preguntarle a quienes la conocieron, a sus contemporáneos, es decir, a los autores de los Evangelios. Y ellos ¿qué nos dicen? Por lo pronto, que fue una mujer de la que Jesús expulsó siete demonios (ver Lc 8,2), lo cual implica que estaba

profundamente arraigada en el mal y en el pecado, pero ¡ojo! al recordar que fue una gran pecadora no hay afán de desprestigiarla, al contrario, se busca enfatizar cómo a pesar de haber estado verdaderamente caída logró levantarse y llegó a ser, aplicándole las palabras de Pablo: “*santa e irreprochable a los ojos de Dios, por el amor*”. ¿Qué más sabemos de ella? Algo muy bello, que a pesar de sus antecedentes ‘poco recomendables’ y los muchos pecados que había acumulado en su pasado Jesús la eligió para ser testigo de Su Resurrección (ver Mc 16,9; Jn 20, 11-18), ¿por qué?, por una razón que para nosotros resulta esperanzadoramente simple: porque vio en ella, igual que en Pedro y en Pablo y en cuantos aspiramos a ser amigos de Jesús, un corazón que aceptó rechazar la tiniebla y se dispuso a recibir y a comunicar Su amor.

La Iglesia te invita a encomendarte a la intercesión de Santa María Magdalena. Ella te comprende bien porque muy probablemente estuvo mucho más dominada por el mal y el pecado de lo que estás tú, y seguramente se sintió más lejos que tú de ser ‘santa e irreprochable’, pero también experimentó antes que tú la infinita misericordia del Señor que le tendió una mano que ella supo tomar. Pídele que ore por ti para que como ella, seas capaz de lograr que tu amor a Dios y a los hermanos opaque tus miserias, y, para que, como ella, busques y consigas permanecer siempre en la más pura y estrecha amistad con el Señor.

¿Qué haría Jesús?

Decía Santa Teresa de Ávila que las virtudes se prueban en las ocasiones, no en los rincones. Uno puede estar convencido de tener x virtud, pero no puede asegurarlo hasta no demostrarlo en la práctica. Me puedo creer muy paciente o muy justo o muy veraz, pero sólo sabré si lo soy cuando enfrente una situación que lo pruebe. El cristianismo no es teoría, es práctica, es una manera de vivir. El verdadero cristiano no es el que sabe oraciones o preceptos sino el que cotidianamente vive, en todas sus dimensiones, el único mandamiento que nos dejó Jesús, el de amarnos unos a otros como Él nos ama (ver Jn 15,12).

Uno de los aspectos que más prueba (entendido esto en el más amplio sentido del término probar: poner a prueba y también demostrar) nuestro cristianismo es el del trato a los enemigos o adversarios. ¿Qué nos pide Jesús?, que los amemos, bendigamos y oremos por ellos (ver Lc 6,27-28), pero solemos hacer lo opuesto: detestarlos, maldecirlos y, si acaso oramos por ellos, es para pedir, muy cristianamente, que Dios ‘los recoja’ pronto (como oraba una viejita por alguien que le caía mal: ‘que se muera, aunque se salve’).

Dice San Pablo que Jesús une en Sí mismo a los que están lejos y a los que están cerca, que hace de todos un solo pueblo, que ha destruido la barrera de odio que nos separa a unos de otros (ver Ef 2,13-15). Y uno pregunta, entonces ¿por qué todavía vivimos divididos?, ¿por qué no se ha establecido por fin la paz que Él vino a traer? Porque la paz depende de

nosotros también. El Señor puso los cimientos, nos toca edificar sobre ellos. El problema es que en los asuntos que involucran pasiones como el odio, la ira, la rivalidad, etc. ¡qué difícil comportarse como pide Jesús!, pero a la vez, ¡qué satisfactorio y cuánta paz genera!

Vienen a mi mente tres ejemplos:

Una señora que conozco (no digo su nombre para que no me regañe pues no le gusta que publique lo bueno que hace), fue a rendir declaración porque la policía apresó a un estafador de la que ella había sido una de las víctimas. Acudió al MP y como pasaron horas y pensó que el detenido no había probado bocado, fue a comprarle una torta. Cuando regresó los del MP se rieron de ella y no le dejaron dársela, y quienes habían sido timados por aquel hombre la confrontaron: ‘¿cómo le trae de comer a ese desgraciado?’. Les respondió que Jesús dijo que no hay mérito en hacer bien sólo a quien nos hace bien (ver Lc 6, 33), les citó a San Pablo: “*si tu enemigo tiene hambre, dale de comer; si tiene sed, dale de beber; así se arrepentirá de su odio*” (Rom 12,20) y les dijo que como creyente debes ver en el otro a un hermano y tratarlo con amor, compasión, justicia y misericordia, incluso si te cae mal, no ha hecho antes algo bueno por ti o crees que no se lo merece. ¡Qué lección!

Otro caso: el papá de una vecina le enseñaba a jugar tennis en cancha de arcilla y le dio este consejo: si cantas ‘falta’ y tu contrincante asegura que fue ‘buena’, invítalo a venir de tu lado a ver la marca que dejó el rebote de la bola para que no piense que le hiciste trampa. Me encantó este papá que no sólo se preocupaba por enseñar la mecánica del juego sino por imbuir en su hija un espíritu auténticamente deportivo para que en lugar de enredarse en las típicas discusiones que suelen suscitarse en los juegos hiciera lo que estuviera en sus manos para ayudar a su adversario a comprobar el fallo, aceptarlo y quedar en paz. Eso es vivir según Mt 7,12.

Un último ejemplo: en cierta primaria católica en la que se pone el acento en el orden, la disciplina y, desgraciadamente, la despiadada competencia, se organizó un concurso entre los dos salones de sexto de primaria para ganar un premio por aseo y orden. Al final de cada día unas maestras

entraban a revisar que los mesabancos estuvieran alineados, el piso limpio, el pizarrón borrado y lo más difícil: los pupitres ordenados ¡por dentro! El viernes de la última semana, cuando los alumnos dejaron listos sus salones y bajaron a clase de deportes, dos alumnos del salón A se colaron al salón B: tiraron dos o tres papeles al suelo, desarreglaron algunos pupitres y bajaron muy ufanos a contar su hazaña a sus compañeros. La niña que era representante del grupo A pensó que aunque los del salón B le caían gordo, no estaba bien hacerles algo que no le gustaría que le hicieran al salón A, así que fue y contó a las maestras lo sucedido. Se armó tremendo lío que provocó la suspensión del concurso y que todos los compañeritos de la niña la aborrecieran y acusaran de ‘vendida y soplona’. Al inicio hasta sus amigos se pusieron en su contra, pero al final ninguno supo qué decir cuando, ante todo el salón, ella simplemente expuso: ‘a Jesús no le hubiera gustado que ganáramos así’. ¡Qué maravilla que una niña de doce años se hubiera atrevido a tratar de darle gusto a Jesús por encima de todo!

Ello me recuerda algo: ahora que están de moda las muñequeras de plástico que apoyan diversas causas, un chavo que conozco traía una con las letras QHJ grabadas y explicó que eran iniciales de ‘¿qué haría Jesús?’, para recordar que siempre y en especial cuando más trabajo cuesta vivir de acuerdo a los principios cristianos, debe uno preguntarse: ‘¿qué haría Jesús en mi lugar?’ y, desde luego, obrar en consecuencia. Ojalá cuantos nos decimos cristianos grabemos esa frase en nuestro corazón para aplicarla no sólo en los rincones, sino en todas las ocasiones...

Línea abierta

‘**T**u-ru-rú, el número que Ud. marcó está descolgado o en reparación, favor de llamar más tarde’.

¡Qué desesperante es escuchar este mensaje cuando uno tiene urgencia de comunicarse con alguien! Le dicen que llame más tarde, pero si el teléfono está, en efecto, descolgado ¿quién garantiza que alguien en esa casa se dé cuenta y lo cuelgue? Se puede uno pasar el día llamando y escuchando la misma desalentadora grabación. ¿Qué recurso queda?, ¿llamar a un vecino para que vaya y toque la puerta y avise que dejaron descolgado el teléfono?, ¿ir personalmente?; todo depende del interés que uno tenga en comunicarse, y si se trata de un asunto grave.

Muchas cosas se complican cuando no hay modo de hablar con alguien: no sólo para el que quiere decir algo y se queda con las ganas de decirlo, sino para el que pierde la oportunidad de escuchar algo que podría serle de suma importancia.

Pues bien, si esto es así a nivel puramente humano, ¡cuánto más en relación a Dios!

Es indispensable que nos preguntemos: si Dios quiere comunicarse con nosotros, ¿cómo puede hacerle?, ¿qué medios le proporcionamos para que pueda hacernos llegar lo que quiera decirnos?, ¿mantenemos, por así decirlo, nuestro ‘teléfono espiritual’ listo para recibir Su llamada?, ¿o lo dejamos descolgado por descuido o, peor, a propósito?

Te comparto este ejemplo: la otra noche llegué a casa un poco agobiada por unos asuntos que me preocupaban. Buscando distraerme, preparé algo de comer y merendé viendo la tele. Tenía tanto sueño que me dormí sin haber dedicado ni un rato a leer y meditar la Palabra de Dios. Al día siguiente me levanté con el mismísimo agobio y así anduve todo el día. ¡Ah!, pero en la noche, lo primero que hice llegando a casa no fue ponerme a ver tele, sino a orar, y allí, en unos textos de la Liturgia de las Horas y del Misalito mensual, encontré exactamente las palabras de luz y de consuelo que había estado necesitando. ¿Por qué no me habían llegado antes?, por tonta, porque había dejado ‘descolgado’ mi ‘teléfono espiritual’ y no le había dado oportunidad a Dios de comunicarse conmigo.

Alguien podría decir: ‘pues así como hay otras maneras de comunicarse con quien dejó descolgado, si Dios quiere decirme algo puede inventar otra forma de hacerlo’, y es verdad, pero, ¿para qué ponérsela difícil? Si cuando alguien está esperando una llamada que considera importante, suele asegurarse que nadie en la casa use el teléfono e incluso se da el caso de que de plano se siente junto al aparato esperando que éste suene, ¿por qué no tener la misma actitud de disponibilidad con Dios?, ¿por qué forzarlo a buscar alternativas cuando es tan sencillo mantener la ‘línea directa’ abierta para Él, por ejemplo a través de la lectura y meditación de Su Palabra? Además hay que considerar que así como cuando pasas muchísimo tiempo sin hablar con alguien por teléfono puede suceder que un día te llame y ya no le reconozcas y preguntes: ‘¿quién habla?’ porque has perdido totalmente la familiaridad con él, del mismo modo cuando dejas mucho tiempo sin mantener la comunicación con Dios, Él te habla pero tú ya no sabes reconocer Su voz, y aunque se las ingenie para hacerte llegar Su mensaje por distintos medios, por ejemplo a través de acontecimientos o personas, lo más probable es que no sepas detectarlo y ni cuenta te des.

Hoy en día cada vez son más las personas que no pueden vivir sin su teléfono celular y lo llevan a todas partes para que las puedan llamar a la hora que sea y dondequiera que se encuentren, y esos espacios en los que antes podían disfrutar de un tiempo para sí mismas (la iglesia, un parque o incluso

hasta ¡el baño!), se han visto invadidos por esos omnipresentes y altisonantes aparatitos de los que sus dueños son incapaces de prescindir porque no conciben pasar ni un minuto ‘desconectados’ del mundo. Qué bueno sería poner todos un empeño semejante en mantenernos, en todo momento y en toda situación, ‘conectados’ con Dios (leyendo Su Palabra, orando, frecuentando los Sacramentos, manteniendo un constante diálogo con Él a lo largo de toda la jornada), que nunca cedamos a la tentación de posponer, o peor, cancelar la escucha pronta y atenta de lo que el Señor quiera comunicarnos, y que cuando sintamos que Su voz resuena en nuestra conciencia, no hagamos como éstos que se la pasan checando Sus llamadas en el ‘identificador’ para nunca contestarle: ‘es que seguro me va a decir algo que ahorita no quiero oír, me va a pedir que perdone, o que ayude, o vete tú a saber qué, mejor no le contesto, me hago el sordo, que me deje recado, ahí a ver si un día de éstos lo oigo...’

Afirma el salmista:

“no está lejos de aquellos que lo buscan; muy cerca está el Señor de quien lo invoca.” (Sal 144, 18).

Dios no se hace nunca del rogar cuando eres tú quien lo llama: te atiende a la primera. Pero y cuando es Él el que se quiere comunicar contigo, ¿cómo encuentra tu línea? ¿Descolgada?, ¿dada de baja?, o tal vez, ojalá, ¿abierta y disponible?

Oración por la reconciliación, la concordia y la paz en México

Oh Sagrado Corazón de Jesús:
a Ti encomendamos nuestra Patria.
Sumérgela en el mar de tu misericordia.
Ayúdanos a edificar en ella
Tu Reino de amor y de justicia,
de paz y de perdón.

Y a tu amadísima Madre
Santa María de Guadalupe
nuestra Señora de la reconciliación
le rogamos
que nos ampare en el hueco de su manto,
en el cruce de sus brazos,
mantenga nuestra oración en la concordia,
y nos recuerde que somos todos hermanos.

Dejar a Dios ser Dios

El otro día recorriendo una librería religiosa, hojeando libros, echando un vistazo a las novedades, me encontré con un extraño volumen que presenta los cuatro Evangelios con los textos de distintos colores. Así, por ejemplo, dentro de una misma página se ven renglones amarillos, rojos, naranjas, verdes, azules, etc. A primera vista parecería que ello obedece a algún motivo didáctico, por ejemplo, poner de un cierto color lo que decía Jesús, de otro color lo que decían Sus discípulos, o algo así, como para destacarlos más claramente, pero en el prólogo se explica que lo de los colores se debe a otra razón. Resulta que el libro fue elaborado por supuestos ‘expertos’ que se reunieron a calificar los Evangelios: qué partes les parecía que habían sucedido en realidad, qué partes les parecían producto de la imaginación de sus autores, qué palabras les ‘sonaban’ como que Jesús sí las había pronunciado y cuáles no. Entonces, lo que según ellos sí había dicho Jesús estaba en amarillo; lo que según ellos no, en rojo; las escenas que les sonaban plausibles, en verde, las que no en azul, y así sucesivamente.

Lo primero que cabe preguntarse ante semejante obra es con qué criterio hicieron la selección. Y al revisar detenidamente lo que consideraron auténtico -que es escandalosamente poco- se obtiene inmediata respuesta: sólo aquello que les pareció lógico o razonable. Es evidente que para ellos Jesús no es Dios sino simplemente un personaje histórico, y por lo tanto descartaron como ‘fantasioso’ lo

referente a milagros, curaciones y todo lo que pudiera ser calificado como ‘sobrenatural’. Lo malo es que su método presenta graves errores, entre otros que se limitaron a calificar lo que aparecía en los Evangelios pero no se les ocurrió cotejarlo con otros textos del Nuevo Testamento. Si lo hubieran hecho se hubieran dado cuenta de que no se puede tener por falso un evento de cuya veracidad se habla claramente en otro libro bíblico.

Como ejemplo de ello se puede citar los textos que se se refieren a la Transfiguración (ver Mc 9, 2-10). Por pura curiosidad revisé cómo habían calificado este episodio y vi que lo consideraron un evento imaginario; se nota que no revisaron otras fuentes, por ejemplo, lo que escribió uno de los testigos presenciales, pues si lo hubieran hecho, hubieran tenido que llegar a una muy diferente conclusión. Y es que en una de sus cartas, San Pedro, que estuvo ahí, no da a entender que aquello fuera un sueño o algo imaginario, sino que ratifica lo que dicen los Evangelios y afirma que vio a Jesús “*en toda Su grandeza*” (es decir, transfigurado), y que escuchó “*esta voz, venida del cielo*” mientras estaban “*con el Señor en el monte santo*” (ver 2Pe 1,16-18). Más aún, para que nadie piense que se trata de una fantasía, Pedro aclara que no está diciendo “*fábulas hechas con astucia*” sino que está contando lo que vio con sus “*propios ojos*”. Usa palabras muy claras para que no quede duda de que no se trata de un invento sino de una experiencia extraordinaria que Su Maestro les permitió vivir para fortalecer su fe en Él porque se dio cuenta de que los había estremecido la noticia que acababa de darles: que sería rechazado por los dirigentes de Su pueblo, que moriría y resucitaría (ver Mc 8,31).

Cae así por tierra el argumento de los auto designados ‘expertos’ que consideran imposible que Jesús se hubiera transfigurado ante Sus discípulos, y triunfa el testimonio de Pedro, que tiene no sólo la autoridad que le otorgó el propio Jesús, sino la solemnidad de quien, sabiéndose próximo a dar su vida por su fe, comunica a la cristiandad experiencias que considera importantes y que quiere sean recordadas (ver 2Pe 1, 12-15)

Una vez más se cumple cabalmente lo que dijo Jesús: que el Padre ha revelado los misterios del Reino a la gente sencilla y se los ha ocultado a “*sabios y entendidos*” (ver Lc 10, 21), y también lo que dijo San Pablo: que nuestra fe no se funda en “*sabiduría de hombres, sino en el poder de Dios*” (1Cor 2,4). La lógica de aquellos se estrella siempre contra la lógica de Dios. Aquí tenemos por un lado a Pedro, que a los ojos del mundo no era más que un sencillo pescador sin preparación, pero al que Jesús puso al frente de Su Iglesia y al cual dotó de la verdadera sabiduría que es la que proviene del Espíritu Santo. Y por el otro lado tenemos a quienes se las dan de “*entendidos*” que, como tantos otros desde el inicio del cristianismo, no han sabido ver a Jesús como es: Verdadero Dios y Verdadero Hombre, y lo consideran notable pero limitado y mortal, idea que resulta insostenible cuando, entre otras opciones, se la enfrenta con la verdad revelada en la Sagrada Escritura: testimonios de quienes conocieron a Jesús, presenciaron Sus hechos y palabras y comprobaron Su divinidad.

Así pues, la obra de estos pseudo expertos no es más que un multicolorido fiasco. Harían bien en seguir los consejos de un sabio profesor de Biblia que recomendaba: nunca forzar la interpretación de un texto bíblico para que sirva a nuestros propios intereses; nunca poner en boca de la Sagrada Escritura lo que ésta no dice; nunca creer que ya sabemos todo de Dios pues Él está siempre más allá de la idea que nos hacemos de Él, y, por último pero no por ello menos importante, nunca encerrar al Señor en nuestro limitado punto de vista ni decir: ‘esto es imposible’ o ‘esto no lo pudo o no lo puede hacer’, sino mantenernos permanentemente abiertos y dejar que nos sorprenda, pues es Dios y lo puede todo.

Fin del insulto

La señora era mayor (de ‘juventud acumulada’, diría mi mamá) y maniobraba dificultosamente tratando de estacionar un auto viejito y grande; como tardaba se empezó a formar una fila de coches que no podían pasar; comenzaron los claxonazos, algunos maliciosamente repetidos cinco veces seguidas. Dos amigos con los que venía yo caminando por la banqueta, espontáneamente se pusieron a echarle ‘aguas’ (¡viene, viene, viene, quebrándose, quebrándose...) hasta que por fin la pobre señora que cada vez estaba más agobiada por el lío que estaba provocando, logró que su coche quedara estacionado y les dio las gracias de todo corazón. En seguida se reanudó el tránsito y entonces, cuando un joven que manejaba una rugiente combi verde pasó junto a la señora, sacó la cabeza por la ventanilla y le gritó: ‘¡¡¡vieja “&%;#’*+^^!!!!’

La aludida no respondió; se bajó sonrojada y se alejó cabizbaja.

El asunto fue motivo de reflexión para nosotros. Nos preguntamos ¿qué mueve a una persona a gritarle un insulto a otra que ni siquiera conoce? Uno dijo: ‘pues eso, que ni siquiera la conoce’. El que insulta así se escuda en el anonimato; piensa: puedo gritarle lo que sea al fin que nunca la voy a volver a ver. Pero esa justificación no se sostiene si consideramos que, como se dice por ahí, ‘el mundo es un pañuelo’. ¿Qué tal si el chofer de la combi tiene que ir al hospital y al llegar descubre que la insultada es nada menos

que la doctora que lo tiene que atender o la enfermera que le va a sacar sangre o a inyectar?, ah, ¿verdad?, qué susto le daría al ver que lo reconoce y al pensar que ahora ella tiene ¡tremenda oportunidad de desquitarse! El desconocido al que se insultó ayer puede convertirse en el conocido resentido que está en posibilidades de vengarse mañana...

El otro amigo dijo que creía que las personas insultan para desahogarse del estrés del tráfico y tranquilizarse. Pero no somos ‘barriles’ llenos de ira que hay que dejar salir para quedar vacíos. La persona que se la pasa vituperando a los demás dando rienda suelta a su cólera no la disminuye; puede quizá experimentar un cierto desahogo momentáneo (como cuando se destapa una olla hirviendo y escapa algo de vapor), pero no cura el mal, éste sigue ahí, en ebullición, en su interior, y cada vez más arraigado. De seguro todos conocemos gente colérica que estalla a la menor provocación y cuyos estallidos no contribuyen a volverla pacífica sino todo lo contrario, la afianzan en su enojo, la mantienen perpetuamente malhumorada.

Alguien comentó también que quizá uno es capaz de insultar a otro cuando cree que puede hacerlo impunemente. El de la combi no temía que en la esquina se le cerrara un coche de ‘guaruras’ que bajaran a inquirir amenazadores: ‘¿a ver repite qué le gritaste a la patrona?’, ni que se lo llevara la policía por lanzar improperios en la vía pública. Se fue muerto de risa, sintiéndose muy listo. No pensó que lo que hizo tuviera consecuencias. Se equivocó.

San Pablo nos da a entender que el Espíritu Santo se entristece cuando nos comportamos con aspereza, ira e insultos (ver Ef 4,30-31). ¿Qué significa esto? Que el Espíritu Santo, que habita en nosotros desde nuestro Bautismo y cuyos frutos son, entre otros, amor, paz, paciencia, misericordia, bondad, mansedumbre y dominio propio (ver Gál 5,22-23), se siente triste cuando damos frutos de odio, ira, impaciencia, insultos, maldad y descontrol. Y ¿por qué se siente triste? Porque conoce las consecuencias de estas actitudes, y son graves. Recordemos que Jesús dijo: *“todo aquel que se encolerice contra su hermano, será reo ante el tribunal”* (Mt 5, 22), y ya sabemos de qué tribunal se trata: aquel en donde nos

presentaremos al final de la vida a rendir cuentas, y en el que se usará para juzgarnos la exacta medida de misericordia que nosotros empleamos para juzgar y tratar a los demás. ¡Qué riesgoso y triste desaprovechar en insultos las oportunidades de ejercer la misericordia que necesitaremos algún día!

Ahora bien, cabe mencionar que no se trata simplemente de no ‘decir’ insultos, sino de corregir lo que los provoca. Y ¿qué los provoca?, la falta de amor. Jesús dice que la boca expresa lo que hay en el corazón (ver Lc 6, 45b), por lo que cabe deducir que el insulto brota de un corazón que desprecia al otro, que lo siente ajeno, inferior, digno de ser maltratado; en cambio, el corazón que ama es incapaz de insultar. Si, por ejemplo, la señora mencionada al inicio hubiera sido abuelita del conductor de la combi y éste la hubiera querido mucho, jamás le hubiera lanzado aquel insulto. Así pues, hay un remedio infalible para dejar de insultar y no consiste sólo en callar lo que se tiene dentro, sino en procurar tener algo distinto; es decir, no reprimir sino transformar, no enterrar sino desterrar todo mal sentimiento para dejar que nos inunde el amor de Dios que nos comunica el Espíritu Santo, Dulce Huésped del alma a quien debemos y podemos alegrar transmitiendo a los demás, con obras y palabras, ese amor que nos da.

Gracias por todo

Si le pides a alguien que haga algo por ti que te parece bueno y no lo hace, seguramente no le das las gracias (sonaría a sarcasmo: ‘gracias por ¡nada!’). Pero si luego descubres que no hizo aquello porque en realidad no era algo bueno para ti y te hubiera perjudicado mucho, entonces seguramente correrías a agradecerle.

Por otra parte, si ese alguien hiciera algo por ti que no sólo no le pediste sino te parece mal y te molesta muchísimo, sin duda tampoco le darías las gracias (probablemente más bien le reclamarías), pero si pasado un tiempo te explicara o tú te dieras cuenta de que aquello que hizo por ti te benefició enormemente, entonces de seguro te daría pena haberte enojado y le expresarías tu reconocimiento.

Esto sucede en relación a lo que los demás hacen o dejan de hacer por nosotros, pero no suele suceder en relación a Dios porque no siempre tenemos la oportunidad de captar o comprender cómo o en qué nos benefició que no nos concediera aquello que le pedimos o que permitiera aquello que no sólo no le pedimos sino ¡ni siquiera esperábamos o queríamos! Él no suele bajar a darnos explicaciones, así que nos acostumbramos a darle gracias cuando nos sucede algo que consideramos bueno, pero le escatimamos la gratitud cuando permite que vivamos una enfermedad, una crisis, la muerte de un ser querido, etc.

Cabe citar este ejemplo: en la lista del círculo de oración que organizamos entre los asistentes a un curso de Biblia, hay una columna dedicada a dar gracias por favores

recibidos. La gente suele pedir que se den gracias porque alguien, por quien estuvimos orando, salió bien de una operación, regresó bien de un viaje, superó un problema, encontró trabajo; nunca nadie se atreve a pedir que demos gracias porque alguien está viviendo algo difícil o doloroso.

Por eso desconcierta que Pablo nos pida: “*Den continuamente gracias a Dios Padre por todas las cosas.*” (Ef 5, 20) Esperamos que a continuación aclare que hay sus excepciones, que en letras chiquitas al calce diga algo así como: ‘aplican restricciones’. Pero no. El apóstol no deja alternativa; nos pide a todos que en todo tiempo lo agradezcamos todo. ¿Por qué lo hace? Para enseñarnos a agradecer a Dios todo lo que nos sucede con la confianza de que si Él lo permite es porque desde Su sabiduría y amor por nosotros sabe que es lo mejor; quiere que nos demos cuenta de que ya sea que en este mundo nos sucedan cosas que consideremos buenas o malas, en todo momento Dios está a nuestro lado y en todo interviene siempre para nuestro bien (ver Rom 8, 28).

Ello significa que en la felicidad o la tristeza, en la salud o la alegría, en la calma o en la crisis, el Padre nos tiene sostenidos de la mano, vela por nosotros, nos da la fuerza, es la luz que rompe nuestras tinieblas y transforma toda situación de dolor y de muerte en camino de vida y de esperanza. Y eso es algo que siempre debemos y podemos agradecer. No hace falta que entendamos las razones, que sepamos los porqués (en Su misericordia infinita Dios calla explicaciones que nos resultarían más dolorosas porque nos enfrentarían a verdades sobre nosotros mismos que quizá no nos gustaría reconocer. Eso también tenemos que agradecerse). San Pablo nos ayuda a ‘ahorrarnos la pena’ de malinterpretar las buenas intenciones de Dios y tener que disculparnos luego avergonzados; nos evita tener que desandar nuestros pasos airados tras sufrir la vergüenza de comprobar demasiado tarde que aquello aparentemente malo que reclamamos a Dios fue en realidad una bendición para nosotros (por ejemplo una crisis que nos hizo crecer en fortaleza, humildad, solidaridad, amor y aprecio hacia quienes nos rodean, mucho más que todo el bienestar

que quizá ni apreciábamos ni nos hubieran hecho volver el rostro hacia Dios y hacia nuestros hermanos).

Como creyentes se nos invita a agradecerle todo a Dios porque sólo Él sabe cuándo sí y cuándo no conviene que se nos conceda lo que le pedimos; porque sólo Él nos ama tanto que quiere pasar el resto de la eternidad con nosotros y porque sólo Él, para cumplir este fin, ha hecho, hace y hará por nosotros “*todas las cosas*”.

No dejes para mañana...

¿Sabes cuál es la principal razón por la que las personas no cumplen sus propósitos de año nuevo? No es el olvido ni la falta de voluntad, es simple y llanamente que los van posponiendo y posponiendo, hasta que ¡zas!, llega otro año nuevo y comprueban con sorpresa y vergüenza que el tiempo pasó más rápido de lo que esperaban y se les terminó. Fueron ‘dejando para después’ empezar a hacer ejercicio, o comer sanamente o arreglar el clóset, y cuando acordaron fue demasiado tarde.

Y esto aplica también para las cosas de Dios. Son muchos los creyentes que se pasan la vida haciendo buenos propósitos porque desean crecer en su fe: ‘ahora sí quiero aprender a orar’, ‘quiero ser más espiritual’, ‘quiero acercarme más a Dios’; pero lamentablemente van posponiendo tanto el momento de realizarlos que no lo hacen ¡nunca! Y cabe hacer notar que aquí entra en juego no sólo su propia desidia sino la intervención de un enemigo que no desea que tales propósitos prosperen y deja escuchar una voceilla que dice: “¡bien por ti!, pero déjalo para después, ¿qué prisa tienes?, ya habrá oportunidad para ‘mocherías’ más adelante; ahorita despreocúpate, disfruta...”. Este enemigo jamás se opone frontalmente a nuestros planes (porque entonces quizá nos pondría a la defensiva y nos orillaría a decidirnos a llevarlos a cabo), utiliza en cambio la astuta estrategia de sugerirnos posponer aquello indefinidamente, lo que en términos prácticos equivale a ya no hacerlo nunca.

Muchas personas ceden a esta seducción del ‘príncipe de la mentira’, como lo llamó Jesús, y se convencen de que ‘ya habrá tiempo’ para dedicarle a Dios más adelante, pero este tiempo pasa, mejor dicho ¡vuela!, los días se convierten en semanas, en meses, en años, y se va la vida sin haber nunca puesto los medios concretos para entablar una amistad íntima con Dios. ¡Qué contento se ha de poner el ‘médigo chamuco’ cuando logra que en nuestra vida de fe apliquemos un famoso dicho, pero al revés: ‘no hagas hoy lo que puedes dejar para mañana’. Un ejemplo: alguien me contó que estaba feliz porque por fin había decidido aprender a rezar el Rosario y hasta se había comprado uno cuando fue a la Villa; entonces al decir esto de pronto cayó en la cuenta de que había comprado ese Rosario en diciembre y estábamos ¡en agosto! Lo había estado cargando en su bolsa ¡nueve meses!, tan feliz de tenerlo que se olvidó de ¡aprovecharlo!

Resulta pertinente mencionar que el enemigo no sólo nos hace sugerencias para que pospongamos nuestros buenos propósitos, sino que busca convencernos de que hay alternativas más atractivas: mejor sentarse a ver tele que orar; hojear una revista de chismes que leer la Biblia; reunirse con los cuates que ir a Misa, en suma: prestar más atención a los dioses de este mundo que a Dios.

Esto trae a la mente algo que aparece en el Antiguo Testamento: a lo largo de su historia el pueblo hebreo entró en contacto con pueblos primitivos que rendían culto a sus dioses de maneras muy llamativas, y se vio tentado a olvidarse del verdadero Dios y a participar en los bailes, orgías y vistosas celebraciones que dichos pueblos hacían en honor a sus falsos dioses paganos. Una y otra vez el pueblo cayó en la tentación y Dios lo cuestionó y amonestó a través de diversos líderes y profetas. Como muestra de ello, en un texto del libro de Josué vemos cómo este sucesor de Moisés, se enfrentó, en una de esas ocasiones, al pueblo y le planteó: “*Si no les agrada servir al Señor, digan aquí y ahora a quién quieren servir*” (Jos 24,15a). La disyuntiva era: el Señor o los dioses paganos.

Esta disyuntiva sigue vigente para nosotros. Hoy también se nos puede preguntar: ¿a quién deseamos servir?, ¿a Dios o a los pequeños dioses que nos presenta el mundo?

Todos esos pretextos que damos para no orar, para no leer la Biblia, para no ir a Misa, para no profundizar en el conocimiento de nuestra fe, para no vivir como cristianos, son ‘largas’ que damos para poder seguir sirviendo a otros dioses: el dios dinero, poder, consumismo, prestigio, ocio, pornografía, frivolidad, violencia, injusticia, etc. No nos damos cuenta de que estos dioses no nos sacian, no nos rescatan de nuestras miserias, no nos consuelan, no nos iluminan el alma, no nos dan la vida: nos la quitan. En la Sagrada Escritura se nos plantea como algo urgente esta disyuntiva porque mientras más tiempo pasemos lejos del Señor más infelices seremos tratando de saciar con cosas, con dioscecitos de este mundo, un anhelo interior que sólo Él, el verdadero Dios por quien vivimos, puede saciar.

La Palabra de Dios nos previene de todo esto; nos invita a dejar la indecisión, el ‘sí pero todavía no’ y a decidirnos hoy. Dirá San Pablo: “*éste es el tiempo favorable, éste es el día de la salvación*” (2Cor 6,2). No mañana, no después, porque no sabes si tendrás un mañana, un después. Sólo cuentas con un ‘hoy’ y vale la pena que lo vivas a plenitud, lo cual significa optar por Dios hoy, darle ya prioridad a tu relación con Él, a conocerlo, amarlo y cumplir Su voluntad que es siempre sabia, creadora, buena para ti. Ojalá puedas responder a esa disyuntiva haciendo tuya la declaración que pronunció Josué ante el pueblo, tan bella y rotunda que es común encontrarla grabada en alguna placa a la entrada de una casa: “*en lo que a mí respecta, mi familia y yo serviremos al Señor*” (Jos 24,15c).

Fe con f de ‘fiarse’

• ¡¡El Señooooor la va a sanaaaaaaaarrrrr!!!, ¡¡¡yaaaaa la está sanando!!!, ¡¡¡¡ya está saaaaaana!!!!!!’

Así gritaba desafortadamente un ‘pastor’ a una señora con bastón que acudió a una de sus asambleas con la esperanza de ‘parar de sufrir’ y curarse. Dos amigos seminaristas que presenciaban la escena, y que habían ido por curiosidad para ver qué sucedía en ese sitio tan anunciado en el metro, pensaron que de un momento a otro la señora, que seguramente era una ‘palera’ arrojaría el bastón dramáticamente lejos de sí y se pondría a bailar el jarabe tapatío para mostrar su ‘milagrosa’ curación. Pero resulta que la señora no era ‘palera’ y no arrojó el bastón a ninguna parte porque lo seguía necesitando, por más que el enardecido ‘pastor’ le gritaba cada vez más fuerte que estaba curada. Los dos amigos pensaban: ‘si la compone de la cojera luego va a tener que curarla de los oídos porque ¡la está dejando sorda!’ Pero no pasó nada. Luego de un rato de que el curandero estuvo tratando de convencer a la señora de que ya estaba sana (tal vez debido a que él pensaba que como muchos padecimientos tienen origen psicossomático, es decir, mental, si lograba sugestionarla lo suficiente, sanaría), el hombre comprobó que era inútil y para no ‘quemarse’ ante la multitud que presenciaba su fallido intento de milagro, le dijo a la mujer: ‘te falta fe, hermana, por eso no te curas, te falta fe’, y en seguida se desentendió de ella. La señora salió de ahí y como se le veía desanimada los dos seminaristas aprovecharon

para seguirla y hablar con ella afuera del ‘teatro’ (local muy propio para lo que sucede ahí dentro). Resultó que la señora era católica, pero se había ido alejando poco a poco de su fe; ya no iba a Misa, ya no rezaba, ya no participaba en ninguna actividad de su parroquia; estaba enojada con Dios porque le dolían las rodillas (a ella, obviamente) y por más que le había pedido que la curara no lo había hecho. Así que ella decidió que si Él no se ocupaba de ella, ella tampoco se ocuparía de Él, y por eso se alejó de la Iglesia. Pero entonces vio en la televisión que unos ‘pastores’ extranjeros de gutural acento prometían que si acudía a cierta asamblea que llevarían a cabo se curaría. Lo pensó (más bien cabría decir que no lo pensó) y decidió darle ‘una última oportunidad’ a Dios. El resultado ya lo sabemos. Y la señora se marchaba no sólo triste por seguir enferma sino sobre todo porque confirmaba lo que más le dolía: que Dios no se interesaba en ella porque ella no tenía suficiente fe.

Los dos jóvenes le hicieron notar que la presencia de ellos ahí no era casualidad, sino providencial, clara muestra de que Dios no la había olvidado, y quería hacérselo saber por medio de ellos. Ella, dudosa, dijo que Jesús tenía el poder de sanarla y que si no lo había hecho, era por algo. Ellos le dijeron: efectivamente es ‘por algo’, pero algo muy diferente a lo que se imagina. Y le ayudaron a comprender lo siguiente:

Podría decirse que existen, dos clases de ‘fe’. La primera es la fe infantil del que se plantea que como Dios es Todopoderoso y para Él no hay imposibles, puede y tiene que hacer lo que se le pida’. Es una fe que exige que Dios cumpla lo que sea, incondicionalmente. Que sane a alguien, que realice determinado favor, en fin, que haga un milagro. Es una fe no sólo inmadura sino peligrosa, porque cuando la persona comprueba que Dios no responde siempre como ella quisiera, se decepciona y aleja (como le sucedió a la señora). La otra clase de fe es una fe madura, que va más allá de la primera, pues no sólo reconoce que Dios todo lo puede, sino que reconoce también que es Sabio y Amoroso y por ello concede lo que le pedimos sólo cuando será para nuestro bien, y ¡ojo! estamos hablando sobre todo de bien espiritual, de lo que

beneficia el alma y ayuda a nuestra salvación, que es lo que más interesa a Dios.

Cuando la fe madura pide algo a Dios le dice ‘cúmplamelo si consideras que es para bien; yo de antemano acepto y agradezco que se haga Tu voluntad’. Parte del principio de que Aquel que nos creó, nos conoce, nos ama y está por encima del tiempo y el espacio, permite o realiza sólo lo que nos conviene. Es una fe que trae verdadera paz porque te hace comprender que si Dios permite algo difícil o doloroso en tu vida no es porque te haya olvidado o le guste verte sufrir, o castigue tu ‘falta de fe’, sino porque aquello es bueno para ti, así que no cabe repelar, rebelarse, alejarse sino aceptar que “*en todo interviene Dios para bien*” (Rom 8,28), fiarse de Él, advertir cómo derrama Su gracia y bendiciones para ayudarnos a superar aquello, agradecerse, aprovecharlo y preguntarse: ‘¿qué querrá de mí en esta circunstancia, ante esto que permite en mi vida?, ¿cómo querrá que sea para bien mío y de otros?’

Los muchachos hicieron ver a la señora que su dolencia le había permitido experimentar el amor y la ayuda de quienes la rodeaban y que había servido para ayudarlos a servir y amar; que podía ofrecer su dolor por sus seres queridos; podía acercarse a otras personas en sus misma condición para formar un grupo de apoyo y orar unos por otros, en fin, que Dios permitía su enfermedad porque esperaba que ella la aprovechara para llenarse de luz no para apagarse...

Cuentan estos amigos que la señora se fue muy confortada y ellos se alejaron veloces porque a la puerta salieron unos sujetos que ofrecían: ¡¡¡paaaasen y paaaaguen que Dios los va a sanaaaaaaar!!!!

Voz y silencio

Señor:

Eres creador
del rumor del mar
y del torrente
del canto de las aves
del crepitar del fuego
de músicas
sonidos
y palabras

y sin embargo callas

yo en cambio hablo
pero construyo los silencios
de las cerraduras
de las cárceles
de los muros
de los despeñaderos

hablo un ruido de palabras marchitas
maltratadas
que hieren
demuelen
y oscurecen

mientras Tú
que creaste la luz con Tu Palabra
no dices nada

eres el Verbo
y Tu silencio me hace descubrir
que soy como aquel sordo tartamudo
porque no sé escucharte
y todavía no aprendo a hablar

apiádate de mí, Señor

necesito que penetren Tus dedos mis oídos
y sanes el estruendo en el que vivo
con el regalo de Tu silencio suspirado

quiero que toques mi lengua con Tu mano
la cambies de espada a arado

y siembres Tu semilla

enséñame a callar para escuchar
como por vez primera
Tu voz o Tu silencio
música y pausa
de una danza que sea
siempre fecunda

(Poema inspirado en Mc 7,31-37; 14, 60-61; 15,1;
Tomado del libro de Alejandra Ma.Sosa E. '*Camino de la Cruz a la Vida*', Ediciones 72, México, 2003, pp.57-59; Publicado con autorización de la autora).

Solicitud de ingreso

Según tú te habías acostado a dormir tranquilamente, pero de pronto te viste, sin saber cómo, nada menos que en lo que parecía ser el vestíbulo del cielo. Frente a ti había unas enormes puertas entrecerradas detrás de las cuales se escuchaba una música maravillosa y alcanzabas a atisbar tu paisaje favorito; junto a las puertas estaba la recepción atendida, como era de esperarse, por un angelito que te alargó sonriente tu ‘solicitud de ingreso’. Eso te sorprendió porque siempre habías creído que tendrías ‘pase automático’, pero confiado en que reunías los requisitos con creces, te sentaste en un nuboso sillón para leerla y contestarla. Luego de echarle un vistazo, voltear la página y revisarla extrañado, te levantaste a hablar con el alado dependiente.

-Oiga, perdone la molestia pero se me hace que ésta no es la solicitud que pedí.

-¿Lo que Ud. quiere es ingresar al cielo?

-Sí, desde luego.

-Entonces ésa es la hoja correcta. Sólo llénela, no se preocupe.

-Pero es que no me piden nada de lo que creí que me iban a pedir. Por ejemplo no veo que haya un espacio para que escriba quién me recomienda, y no es por nada, pero conozco a un influyente que ¡seguro me hace pasar!

-Lo siento pero aquí así hacemos las cosas. Ése es el cuestionario que se le proporciona a todos, así que por favor tenga la bondad de llenarlo.

Ante su sonrisa angelical no te quedó de otra que resignarte y volver a tu asiento. Repasaste las preguntas con creciente inquietud. El encabezado pedía:

‘Responde sí o no. Si respondes sí, da cuando menos tres ejemplos, de preferencia que hayan sucedido recientemente:

¿Ocupó Dios el centro de tu vida? ¿Amaste como Jesús: dando la vida, sin esperar nada, gratuitamente, generosamente, sin que la otra persona lo esperara, pidiera o mereciera? ¿Ejerciste la misericordia en lugar del juicio y la crítica? ¿Oraste por tus enemigos para pedir a Dios no que los ‘eliminara’ sino que los ‘iluminara’ y bendijera? ¿Hiciste el bien a quien te hizo un mal? ¿Realizaste algo concreto por edificar la paz en tu familia, comunidad, país? ¿Perdonaste de corazón lo que parecía imposible de perdonar? ¿Te negaste a desquitarte? ¿Diste en caridad no sólo lo que te sobraba sino incluso lo que te hacía falta? ¿Dijiste la verdad cuando era más fácil decir una mentira? ¿Pusiste lo que eras y tenías al servicio de los demás? ¿Fuiste fiel? ¿Justo? ¿Comprensivo? ¿Paciente? ¿Bondadoso?...’

La lista seguía y seguía y cada interrogante te incomodaba más y más. Te levantaste de nuevo, fuiste a la ventanilla y esta vez de plano pediste hablar con algún jefe o supervisor. Llegó San Pedro. Tratando de ser cortés pero también muy firme en tu defensa, le expusiste que había habido un terrible malentendido:

-Es que da la impresión de que aquí consideraran que para poder entrar al cielo hace falta haber hecho cosas, realizado acciones, obras pues, y me parece absurdo ya que Jesús murió por nosotros, para salvarnos. No hay nada que yo o, con todo respeto, Ud. o cualquiera hubiera podido hacer para ganar el cielo. En la Biblia dice San Pablo que ‘basta tener fe’ (ver Rom 3,28), o sea que no hace falta nada de esto que ustedes piden.

San Pedro te escuchó pacientemente, pero luego te dio una respuesta que te dejó sin ídem.

-Hijo, es verdad que el Señor murió para redimirnos a todos y que nada que hubiéramos podido hacer nos hubiera obtenido la salvación. No es que las obras nos salven, es que mediante las

obras demostramos que aceptamos la salvación que el Señor nos ofrece, nuestras acciones demuestran nuestra fe.

-Pero yo tengo mucha fe en Jesús y un día lo acepté como mi Señor.

-Eso está muy bien, pero no basta. Él dijo: “*No todo el que me diga: ‘Señor, Señor’, entrará en el Reino de los Cielos, sino el que haga la voluntad de Mi Padre*” (7, 21). Y cumplir Su voluntad es amar. San Pablo mismo dice que el amor es mayor que la fe, que si no hay amor no hay nada, y que ese amor debe mostrarse en acciones concretas, por las que seremos juzgados (ver 1Cor 13; Rom 2,6; 2Cor 5,10). El propio Señor nos pidió que hiciéramos buenas obras (ver Mt 5, 16; 25, 31-46).

-Pues yo no me enteré de esto. No sabía que se esperaba que hiciera todas estas cosas.

-Todo lo que se te preguntó en esa hojita está basado en lo que dice la Biblia.

-Es que la verdad no tenía tiempo para leerla.

-Bueno, también se proclamaba en Misa. Por ejemplo, en una Segunda Lectura dominical se plantea: “*¿De qué le sirve a uno decir que tiene fe, si no lo demuestra con obras? ¿Acaso podrá salvarlo esa fe?*” (Stg 2,14)

-Es que casi no fui a Misa, y cuando iba me distraía, no creía que lo que se leía estuviera dirigido a mí.

-Pues sí estaba, y ojalá hubieras escuchado y atendido cuando todavía era tiempo.

Un escalofrío te recorrió al darte cuenta de que tu solicitud de ingreso al cielo iba a ser denegada. Miraste a San Pedro cerrar los portones y el golpe te estremeció: el golpe que te diste al caer de la cama. ¡Todo fue un sueño! o...posiblemente... ¿otra oportunidad?

Dos caminos

¿Cuál es la definición de ‘tentación’?
Se le hizo esta pregunta a diversas personas y curiosamente todas dieron una respuesta que implicaba que la tentación era algo malo, negativo, incluso pecaminoso, pero la verdad es que la palabra tentación podría definirse sencillamente como sinónimo de ‘prueba’. Y ésta no es en sí ni mala ni buena (aunque a muchos alumnos la palabra ‘prueba’ los ponga a temblar), es simplemente un modo de comprobar algo, de, vélgase la redundancia, ponerlo a prueba.

Enfrentamos tentaciones continuamente, todos los días y a todas horas. Y en cada una se nos plantean dos caminos: los de Dios y los del mundo. Los primeros no suelen ser sencillos o atractivos, los otros en cambio prometen ser fáciles, razonables o agradables, y cuentan con el amplio respaldo no sólo de mucha gente, sino aun de nuestra propia naturaleza, que nos presiona para seguirlos. Una decisión entre unos y otros puede tomar solamente segundos, pero sus consecuencias afectan la vida entera.

El otro día en la televisión pasaron un reportaje que es claro ejemplo de esto: en un documental sobre el atentado terrorista a las torres gemelas de Nueva York en septiembre del 01 incluyeron numerosos testimonios de sobrevivientes, y uno de los jefes de un escuadrón de bomberos, narró lo siguiente: Él y diez de sus hombres subían por las escaleras de la torre que recibió el segundo impacto y ya iban a bastante altura cuando al pasar por un ventanal se percató de

que ya no se veía la otra torre. Al instante comprendió que había sucedido lo inimaginable: ¡ésta se había derrumbado!, y al mismo tiempo se dio cuenta de que a su gemela seguramente le sucedería lo mismo así que había que evacuarla de inmediato. Les había tomado mucho tiempo llegar a donde estaban y calculaban que les tomaría otro tanto llegar a la salida por lo que había que hacerlo lo más rápido posible. Dio la orden a sus hombres y todos comenzaron a bajar las escaleras, como decimos en México: ‘de volada’. Ya habían descendido varios pisos cuando en eso alcanzó a ver a lo lejos, entre el humo y el polvo, una silueta encogida; se acercó a ver y descubrió que era una mujer afroamericana, ya grande que lloraba desconsoladamente porque no podía más, se le habían acabado las fuerzas y había quedado ahí, incapaz de dar otro paso. La mujer era corpulenta, por lo cual cargarla no era opción. Había sólo dos posibilidades, abandonarla o ayudarla a bajar y por ello perder un tiempo precioso. El jefe de bomberos tomó la decisión. Avisó a sus hombres y les pidió a dos de ellos que se colocaran uno a la derecha y otro a la izquierda de la mujer y la sostuvieran, a manera de muletas, mientras la bajaban, dificultosamente, peldaño por peldaño. Los demás los seguían con él al final. Cuenta uno de ellos que acataron la orden por disciplina pero sentían una terrible impaciencia porque antes iban bajando casi de dos en dos los escalones y ahora en cambio les daba tiempo de poner los dos pies en un escalón, hacer pausa pensando ‘esto se va a caer en cualquier momento’, bajar otro escalón, poner los dos pies en él y así sucesivamente. A paso de tortuga habían logrado bajar muy pocos pisos cuando en eso se escuchó un estruendo pavoroso cada vez más fuerte. El edificio se venía abajo; se prepararon para lo peor. En segundos todo se sacudió y se puso oscuro mientras caían escombros alrededor. Cuando por fin se hizo el silencio y se asentó el polvo el jefe de bomberos, que estaba ileso pero atrapado debajo de algo, comenzó a pasar lista en voz alta y uno por uno todos sus hombres fueron respondiendo. ‘¡presente y bien!’ Por último preguntó: ‘¿y nuestra invitada especial?’ y se oyó la voz de la señora: ‘¿se refiere a mí? ¡Ya me volví blanca pero no me importa!’ Todos rieron. El jefe de bomberos se comunicó por radio con otro

escuadrón para reportar: ‘estamos atrapados en la escalera de la torre’. Le contestaron: ‘¿cuál escalera?’, y pensó: ‘algo debe andar muy mal si ni siquiera saben que hay una escalera’. Tardaron horas en hallarlos y rescatarlos, y entonces se dieron cuenta de que había sucedido algo extraordinario: el nivel en el que estaban había quedado milagrosamente protegido por una estructura enorme que se había doblado formando una especie de caparazón. Arriba de éste no quedó nada, abajo sólo ruinas. Comprendieron que si hubieran seguido bajando tan rápido como venían, hubieran llegado a la parte que se destruyó y hubieran sido aplastados. El jefe de bomberos sacó una acertada conclusión: ‘salvar a esa señora nos salvó a todos nosotros’.

Ante la tentación, ante la prueba, puedes reaccionar como reacciona todo el mundo, dejarte llevar por sus criterios, o puedes elevarte por encima de tus límites, pedirle al Señor, como el salmista: “*Que mi conducta se ajuste siempre al cumplimiento de Tu voluntad*” (Sal 119, 5), y reaccionar conforme a tu conciencia iluminada por tu fe. No siempre será fácil, pero puedes tener la seguridad de que será lo que más te convenga y lo único que te dará verdadera paz. Alguien le preguntó al jefe de bomberos: ‘¿por qué ayudaste a esa mujer?, pudiste dejarla ahí y nadie lo hubiera sabido’. Respondió: ‘lo hubiera sabido yo’. Cabría añadir: ‘y Dios’.

Caminito

• Óyeme!, ¡fíjate en lo que haces y pon más cuidado, que me estás echando agua sucia en la cara! ¡Calla ese latoso ruido de una buena vez, ¿qué no ves que molestas?, ¡no me dejas estar en paz! Yo no fui, a mí no me echen la culpa, es una injusticia que me regañen. ¿Encima de que me sacrifico para ayudarte me tratas así?, pues ¿sabes qué? ya me harté de tus quejumbres, hazle como puedas, ahí te ves, no vuelvo a ocuparme de ti. ¿Te supo bueno? pues ese vaso de agua era ¡el mío!, no finjas demencia, te lo tomaste a sabiendas y me dejaste sin nada. ¿Quieres saber la verdad? me caes ¡en el puritito hígado!

Estas frases tienen algo en común: Están aparentemente justificadísimas, pero quien hubiera podido pronunciar todas y cada una nunca lo hizo.

Son respuestas que hubieran venido al caso en ciertas situaciones muy enojosas que vivió Santa Teresita del Niño Jesús.

Por ejemplo: cuando lavaban la ropa la religiosa que ocupaba el sitio frente a ella tallaba una prenda enjabonada, la levantaba y la dejaba caer sobre el lavadero, provocando que el agua salpicara a Teresita; la religiosa que se sentaba cerca de ella en la capilla se la pasaba haciendo ruido con su Rosario; alguien rompió un objeto del convento y la superiora culpó y amonestó a Teresita que no había tenido nada que ver; una religiosa anciana a la que Teresita daba el brazo para que se apoyara al caminar, y le ayudaba partiéndole la comida en pedacitos, y le hacía muchos otros servicios, en lugar de

agradecer estos cuidados, se la pasaba criticándolos y quejándose de que no la atendía bien; tenían restringida el agua que podían beber y con sospechosa frecuencia la religiosa que se sentaba frente a Teresita en el comedor se bebía su propio vaso y ¡el de ella!; había una religiosa que a Teresita le caía muy mal, así que se esforzó por disimularlo y tratarla con tanta cordialidad que aquella dijo un día: ‘no me explico por qué esta niña me ha cobrado ¡tanto afecto!’.

¿Por qué en cada una de estas ocasiones Teresita no saltó en su autodefensa o respondió como la mayoría de las personas lo hubiera hecho? No fue, como algunos podrían suponer, por ‘dejada’, porque tuviera ‘sangre de atole’ y no le importara cómo la trataran. Tampoco fue por un simple sentido de disciplina, por considerar que hubiera sido mal visto en el convento que dos hermanas se dieran, como decimos en México, un ‘agarrón’. Nada de eso. Fue por algo muy distinto y muy bello: porque eligió aprovechar todas y cada una de esas contrariedades para crecer en amor, y así, mientras sus labios callaban, su corazón dialogaba con el Señor para ofrecerle amorosamente ese silencio exterior como regalo.

Ante la tentación de respingar y retobar, ¡qué difícil sonreír y no decir nada! Cuando hierve la sangre y se tiene en la punta de la lengua una contestación oportuna o mordaz, ¡qué trabajoso elegir el camino de la mansedumbre!, pero es un camino seguro hacia la paz, más aún, hacia la santidad.

Cuando inició su proceso de canonización, al poco tiempo de su fallecimiento, se interrogó exhaustivamente a todas las religiosas de su convento, y coincidieron en afirmar que nunca hubieran creído que vivía entre ellas semejante santa. Y es que Teresita no hacía milagros, no levitaba, no salían rayos de su cabeza; era simplemente una muchachita encantadora, que con todas se llevaba bien, que no se quejaba de nada, que siempre tenía una sonrisa en los labios. ¿Te has puesto a pensar cómo es posible que esta jovencita que murió a los veinticuatro años y jamás salió de su convento de clausura sea no sólo una de las grandes santas de todos los tiempos sino que además tenga el título de ‘doctora de la Iglesia’? ¿Cómo fue que llegó a tanto si aparentemente nunca hizo algo fuera de

lo común? Es que sí lo hizo: pasó su corta vida amando, y en todo supo ver una oportunidad para amar.

Mucha gente tiene la idea equivocada de que para ser santa hay que pasarse el día rezando de rodillas sobre arroz crudo o ver visiones. Teresita probó que no es así, que basta vivir cada jornada, y muy en particular las dificultades de esa jornada, como oportunidades no para rezongar y maldecir, sino para dar frutos de amor, alegría, paz, paciencia, misericordia, bondad, fe, mansedumbre y dominio propio (ver Gal 5,22). Ante cada contrariedad, reaccionar con oración y gratitud: dar gracias a Dios que permite aquello y pedirle que sea para gloria Suya y bien de todos. Así, la vida se convierte en lo que Teresita llamaba ‘el pequeño camino’, un camino construido de pequeñeces cotidianas que ofrecidas con amor a Dios, se parecen a esas piedritas que unidas a otras muchas van formando un sendero por donde se puede caminar, por encima del fango y a paso firme.

Cuentan que cuando Teresita murió se percibió en el convento un intenso aroma a rosas y dicen también que cuando la santa responde favorablemente a una petición, la persona que se la encomendó suele recibir o encontrar inesperadamente una rosa. No es de extrañar que esta santita esté relacionada con esta flor. Después de todo ella nos enseñó algo fundamental: a no lamentar que las rosas tengan tallos con espinas, sino a descubrir que los tallos con espinas tienen rosas...

Orar con las noticias

Tú, ¿haces oración al leer el periódico, al oír las noticias en el radio o verlas en la tele?

Se hizo esta pregunta a muchas personas y casi todas dijeron que no. Se les preguntó por qué no y unas contestaron que no se les había ocurrido y otras que veían la tele para divertirse no para ponerse a rezar (¡como si los noticieros estuvieran ‘para divertirse’ en estos días!, ¡válgame Dios!, a no ser que se refirieran a las declaraciones involuntariamente chuscas con que suelen hacernos reír -para no llorar- algunos políticos).

Los que dijeron que sí oraban mencionaron que no lo hacían al momento, sino que cuando iban Misa pedían, por ejemplo, por los damnificados de un huracán o terremoto.

Curiosamente no hubo uno que dijera que acostumbrara rezar mientras leía, veía o escuchaba las noticias. ¿Por qué será? Quizá porque muchos creyentes sólo oran cuando se levantan y se acuestan o cuando van a la iglesia, pero durante el resto de su jornada se acuerdan de Dios sólo si se presenta una emergencia.

Sería bueno que esto cambiara, porque estamos viviendo unos tiempos muy difíciles y si cuando nos enteramos de las noticias solamente meneamos la cabeza con desaprobación, alzamos los hombros pensando que a fin de cuentas no nos atañen ni podemos hacer algo al respecto, y pasamos la página o cambiamos de estación o canal, desperdiciamos la oportunidad de hacer algo tan positivo y

poderoso como es interceder ante Dios por otros. Y antes de que alguno piense que su familia se va a burlar si a la hora del noticiero se arrodilla y pone los ojitos en blanco, hay que aclarar que no se trata de hacer eso; que nadie se ponga en pose ni a lanzar jaculatorias durante los comerciales. La propuesta es muy simple: al irse enterando de las noticias, ir orando por las personas involucradas en ellas. Por ejemplo, si el periódico trae la foto de un tren descarrilado, no quedarse simplemente escudriñándola morbosamente, sino ponerse a orar por las víctimas y sus familiares; si en el radio están entrevistando a unos legisladores que están a punto de entrar a tomar una decisión importante, no dedicarse a criticarlos sino pedir al Espíritu Santo que los ilumine; si la cámara enfoca el rostro de un tremendo delincuente, no dejarse ganar por el desprecio hacia él sino pedir por su conversión y por aquellos a quienes él hizo daño; en fin, aprovechar que nos enteramos de lo que otros están viviendo, para encomendarlos al cuidado amoroso del Señor.

¿Te imaginas qué gran diferencia haríamos millones de creyentes en todo el mundo si al recibir las noticias aplicáramos el consejo de San Pablo de estar “*siempre en oración y súplica, orando en toda ocasión en el Espíritu, velando juntos con perseverancia e intercediendo por todos*”? (Ef 6, 18) ¡Qué estupendo sería que las noticias que recibimos a través de los medios no nos sirvieran solamente para enterarnos o peor aún para enfurecernos sin sentido, sino para santificarnos (al realizar esta gran obra de misericordia que es orar por los demás), y para contribuir a la santificación de otros!

Cabe comentar que esta oración no tiene que hacerse en solitario. La familia que se reúne a leer el periódico o ver el noticiero, puede destinar después un momentito para que cada uno pida en voz alta por lo que más le impactó, por las personas y asuntos que ahí fueron mencionados.

Y también se puede organizar en la comunidad parroquial un grupo que se reúna quizá una vez a la semana, a pedir a pedir específicamente por todo aquello que en esos días apareció en los medios y despertó su interés o preocupación.

A diferencia de otras, nuestra fe no nos pide que nos desafanemos del mundo mientras aguardamos la vida eterna, sino que nos invita a involucrarnos a fondo con nuestra realidad presente, y no sólo con la que tiene que ver con nuestro círculo más inmediato, familia y amigos, sino con la de todos los seres humanos que habitamos este mundo. Responder a esta invitación es ejercer y encontrar nuevo sentido a nuestra vocación católica, es decir, a nuestra vocación a amar de una manera universal.

¡Si que está viva!

‘ ¿Cómo que está viva?, yo no veo que se mueva ni que hable, y si arrimo la oreja no percibo ningún latido. No se ve muy viva que digamos, más bien todo lo contrario’. Así pensaba hace ‘sopetecientos’ años, cuando escuché por primera vez estas palabras: “*La Palabra de Dios es viva*” (Heb 4,12) Me preguntaba qué quería decir eso de ‘viva’, si la Palabra de Dios, la Biblia, era un libro, y un libro es una ‘cosa’ que no tiene vida. Suponía que llamarla “‘viva’ era simplemente una metáfora, una manera de hablar que no se podía tomar al pie de la letra. ¡Qué equivocada estaba!

Bastó que me decidiera a comenzar a leerla un poquito cada día para darme cuenta enseguida de que esta Palabra no era como ninguna otra. Tenía una característica sorprendente: siempre venía al caso, siempre era la respuesta pertinente a lo que en ese momento estaba sucediendo. No se sentía para nada como algo que perteneciera al pasado y hubiera perdido vigencia; parecía más bien como la respuesta que podría darte una persona con la que estuvieras platicando y a la que en ese momento le hubieras contado lo que te estaba pasando. ¡En verdad es una Palabra viva!, claro, como que la pronunció Aquel que vive desde siempre y para siempre, y como está continuamente a tu lado sabe lo que te sucede y lo que necesitas escuchar, y te lo da, y siempre acierta. De ahí que añada San Pablo que la Palabra, además de viva es “*eficaz y*

más penetrante que una espada de dos filos”, y “llega hasta lo más íntimo del alma” (Heb 4, 12).

Cuando descubres esta característica de la Palabra no puedes menos que querer convertirla en tu mejor consejera y consultarla con tanta frecuencia que la Biblia bien podría traer una advertencia en la portada: ‘provoca adicción: una vez que le agarres el gusto, ya no podrás dejarla’.

Nada se compara a lo que te da la Palabra de Dios: la guía de Aquel que es la Luz que verdaderamente ilumina tu camino, que realmente te conduce bien y hacia el bien.

Leer la Palabra es entrar en contacto con Aquel que por amor te creó y quiere salvarte, y por eso siempre te dice algo para ayudarte a vivir en plenitud de paz y gozo, y acoger la salvación que Él te ofrece. (Qué patético que en lugar de buscar orientación en la Palabra, tanta gente consulte a esos embaucadores rodeados de velas encendidas o envueltos en trajes estrambóticos, y cuyos desencaminadores consejos, emitidos con gutural o exótico acento y supuestamente inspirados por astros, cartas, etc. salen muy caros, no sólo por lo que cuestan en términos monetarios, sino por su tremendo costo espiritual para quien cae en su diabólico engaño).

Cabe aclarar que leer la Biblia tiene sus ‘asegunes’ por lo que conviene que tengas en cuenta tres cosas:

1. Es en realidad una biblioteca que reúne setenta y tres libros (cuarenta y seis del Antiguo Testamento y veintisiete del Nuevo), escritos a lo largo de alrededor de diez siglos, en los más distintos géneros literarios y con objetivos y destinatarios muy diversos, así que no es recomendable leerla de corrido, de principio a fin como si fuera un libro. Quien hace eso suele toparse con la complicación de abordar textos tediosos o difíciles de entender. y sucumbe a la tentación de abandonar la lectura y quedar ‘vacunado’ para siempre pensando que toda la Biblia es aburrida o incomprensible, o puede tomar la lectura como un reto solamente intelectual que al final dejará su alma vacía. Un famoso escritor mexicano que se las da de ‘ateo’ se jacta de que ha leído la Biblia siete veces: claro ejemplo de que leer sin parar del Génesis al Apocalipsis no aprovecha. La Biblia debe ser saboreada de a poquito, dejando que su riqueza

penetre, como dice San Pablo, “*hasta las junturas del alma y del espíritu*”. Probablemente lo mejor sea que empieces a leerla por el Nuevo Testamento, tomando por ejemplo un Evangelio (quizá el de San Marcos, que es el más breve, o el de San Lucas, que es más cercano a nuestra mentalidad). Eso permite que de entrada, te encuentres con Aquel de quien habla y quien te habla en toda la Escritura: Jesús; descubras cómo piensa, qué dice, qué hace, lo sientas vivo y presente, y entables con Él una relación de confianza y de amor: lo que constituye finalmente la razón y el objetivo de leer la Palabra.

2. Dice San Pedro que la Escritura no es para interpretación privada (ver 1Pe 1, 20), así que ante ciertos textos que podrían ser entendidos de modos muy diversos y aun opuestos, busca qué interpretación da la Iglesia Católica. Considera que una de las razones por las que Jesús la fundó fue para que hubiera una autoridad competente que, inspirada por el Espíritu Santo (que prometió enviarle para guiarla hacia la Verdad y recordarle Sus Palabras -ver Jn 14,26; 16,13-), ayudara a los fieles a interpretar sin error la Sagrada Escritura.

3. Antes de leer esa Palabra viva con la que Dios te interpela encomiéndate al Espíritu Santo: pídele que abra tu corazón para que sepas acogerla y reaccionar a ella como el Señor espera, y date tiempo para ‘rumiar’ lo leído: releerlo, reflexionarlo, ponderar qué significa, cómo se relaciona con lo que estás viviendo, qué te da, qué te pide, a qué te mueve... Que la Palabra esté “*viva*” implica que tiene para ti un mensaje divino, maravilloso, siempre vital, actualizado, pero cuidado: implica también que no permitirá que te conformes con conocerla y olvidarla, pues una vez que la dejes hablarte ya no se callará e insistirá hasta ver que le respondes...

Misioneros

¿Traes colgando del cuello una medallita o un crucifijo?
¿Has salido a alguna parte llevando tu misal o tu Biblia?
¿Tienes una imagen de la Guadalupana en tu trabajo? Lo más probable es que hayas contestado ‘sí’ a alguna de estas interrogantes. Cabe entonces preguntarte si tu respuesta sería igualmente afirmativa si fuera considerado un delito grave usar, tener o mostrar cualquier cosa que exprese tu fe.

Si te detuviera un policía de tránsito y te dijera que tu falta no es ir a exceso de velocidad o pasarte un alto sino traer un Rosario colgado del espejo retrovisor, y no sólo te impusiera una considerable multa sino te llevara a la cárcel de donde quién sabe cuándo -o si acaso- pudieras salir; si te enteraras de que unos hombres entraron violentamente a llevarse a los sacerdotes de casi todas las parroquias y no se ha vuelto a saber de ellos; si no pudieras tener fácil acceso a los Sacramentos; si no hubiera quien celebrara Misa, confesara o diera la Unción de Enfermos; si estuviera prohibido que te reunieras con otras personas a rezar el Rosario o asistir a cursos de Biblia o a un retiro, ¿cómo reaccionarías?

La posibilidad quizá te parezca muy lejana pero hoy en día, en pleno tercer milenio todavía hay muchos países en los que no existe la libertad religiosa y cualquier muestra de que se profesa un credo distinto al ‘oficial’ se paga muy caro. Los ejemplos mencionados no son imaginarios, han sucedido y siguen sucediendo.

Llama la atención la valentía de los católicos nacidos en semejantes países pues se mantienen firmes en su fe a pesar de las dificultades que enfrentan, pero llama todavía más la atención la heroicidad de los católicos que no nacieron ahí y, renunciando a la vida tranquila que llevaban en su propia patria deciden cumplir el mandato de Jesús de ir a anunciar la Buena Nueva hasta los últimos confines de la tierra (ver Mt 28,19; Hch 1,8) y eligen convertirse en misioneros asumiendo todas las posibles consecuencias. Son personas en verdad admirables que a pesar de saberse frágiles, vulnerables y quizá sentir miedo, superan todo eso de la mano de Aquel que dijo: *“En el mundo tendréis tribulación, pero ¡ánimo! Yo he vencido al mundo!”* (Jn 16, 33).

Recuerdo haber leído que hace unos años, cuando cierto protectorado iba a comenzar a estar bajo la tutela de un poderoso gobierno anticatólico, que muchas personas salieron huyendo, atemorizadas por lo que habría de venir. En el aeropuerto, un sacerdote que recién llegaba se topó con un amigo suyo que le preguntó por qué no se iba si eso era lo sensato ya que las cosas se iban a poner ‘color de hormiga’ para los católicos. El sacerdote respondió: ‘precisamente por eso tengo que quedarme, porque los que aquí se quedan van a necesitar mucho mi ayuda’.

No, no es ‘razonable’ a los ojos del mundo la mentalidad de un misionero. Tomemos como ejemplo a San Pablo. Cuando se convirtió al cristianismo y comenzó a predicar le fue, como decimos en México, ‘como en feria’. Lo insultaban, lo perseguían, lo encarcelaban; hubo una ocasión en que luego de apedrearlo quedó en tal estado que sus enemigos lo dieron por muerto, lo arrastraron sin miramientos y lo dejaron tirado a las afueras de la ciudad. ¿Qué hizo San Pablo una vez que recobró la conciencia y pudo incorporarse de nuevo? No, como hubiera sido de esperarse, renunciar a la misión y regresarse a su casa a tejer tiendas tranquilamente (era su oficio), sino regresar a la ciudad y seguir predicando (ver Hch 14, 19-20). ¿No te digo?, ¡los misioneros están hechos de otra ‘plastilina’! El Señor ha infundido en ellos un amor tan encendido que no les queda más remedio que comunicarlo. Decía el apóstol: *“¡ay de mí si no predicara el*

Evangelio!” (1Cor 9, 16). Y el profeta Jeremías: “*La Palabra del Señor ha sido para mí oprobio y burla cotidiana. Yo decía: ‘No volveré a recordarlo ni hablaré más en Su Nombre. Pero había en mi corazón algo así como fuego ardiente, prendido en mis huesos, y aunque yo trabajaba por ahogarlo, no podía’*”(Jer 20, 8b-9).

Cada vez que se celebra el Domingo Mundial de las Misiones, la Iglesia nos invita a volver la mirada a los misioneros y misioneras que en todo el mundo arriesgan no sólo su salud y bienestar, sino su propia vida con tal de llevar a otros a los que ni siquiera conocen, el inmenso consuelo de descubrir la misericordia infinita de Dios y la salvación que les ofrece. La intención de ese día no es sólo que los recordemos con admiración, sino que nos dispongamos a echarles la mano de dos maneras muy concretas: aportando algo a la colecta que se recoge en Misa y se destina a apoyar las diversas misiones que se realizan en todo el mundo y, la más importante: mediante la oración. Santa Teresita del Niño Jesús, Patrona de los Misioneros, nunca salió de misiones, pero siempre oraba por ellas. Imitémosla. Oremos intensa y diariamente por todos los misioneros, pidiendo a Dios que les dé luz y fortaleza para perseverar en la bella y difícil vocación a la que los ha llamado.

Y tú, ¿qué esperas?

En este mundo no hay nada seguro más que la muerte y los impuestos, decía Benjamín Franklin. Lo de los impuestos es discutible, pero de que nos vamos a morir no hay duda. Lo curioso es que a pesar de que es un asunto que no tiene vuelta de hoja procuramos por todos los medios retrasarlo, olvidarlo y aún negarlo. El otro día una señora le preguntó a su médico: ‘¿dígame la verdad, doctor, ¿me voy a morir?’ y él dijo: ‘no, señora, no se preocupe’; en lugar de responderle, ‘pues sí, pero no nada más usted, ¡todos!’

Ese asunto de morirse nos resulta muy incómodo. No nos gusta mencionarlo. Si un familiar enfermo o anciano empieza a decir: ‘cuando yo me muera...’ de inmediato lo callan, le piden que no dramatice, que no diga eso. Y también suele suceder con lamentable frecuencia que quienes rodean a un enfermo en situación terminal le ocultan la gravedad de su condición, dizque ‘para que no sufra’ o ‘no se asuste’, privándolo de la oportunidad de prepararse, despedirse, arreglar sus asuntos materiales y, sobre todo, espirituales.

Se considera de ‘mal gusto’ hablar de testamentos, peor tantito si a alguien se le ocurre comentar cómo le gustaría que fuera su funeral. De inmediato despierta sospechas; ¿qué ya se querrá morir?

Quienes acuden a un velorio van de luto, a nadie se le ocurre vestirse de colores (daría la impresión de que o es insensible o está feliz de haberse desecho del difunto, como aquella señora que puso en el epitafio de su difunto marido, al

que ya no aguantaba: ‘aquí yaces y haces bien, tú descansas, yo también’).

No se acostumbra celebrar la muerte sino lamentarla. Tuve una amiga que a pesar de estar en la etapa terminal de un cáncer tremendo, seguía pidiéndole a Dios que la sanara. Se aferraba a este mundo, se resistía a aceptar lo que le esperaba. Y es que mucha gente considera que la muerte es como un repentino bajón del telón a media obra, un final abrupto, inesperado, que llega demasiado pronto. Dice el profeta: “*Como un tejedor devanaba yo mi vida y me cortan la trama*” (Is 38,12).

Cuando alguien se muere o cuando nos enfrentamos a la inminencia de nuestra propia muerte, nos descontrolamos como si hubiera sucedido algo impensable o imposible. ¡Nos vamos emberrenchinados pataleando todo el camino hasta el panteón! Qué extraño que no se nos enseñe a prepararnos debidamente para un acontecimiento que vamos a tener que enfrentar tarde o temprano. ¿A qué se debe esto? Sin duda a que nos hemos dejado influir por la mentalidad de los que no tienen fe.

Dice el texto del libro de la Sabiduría: “*Los insensatos pensaban que los justos habían muerto, que su salida de este mundo era una desgracia y su salida de entre nosotros una completa destrucción.*” (Sb 3,1-3). El autor llama ‘*insensatos*’ a los que piensan que quien se murió cayó en una especie de agujero negro y se perdió en la nada, dejó de ser, de existir.

El otro día en un velorio una mamá le explicaba a su niño: ‘ahora tu abuelito vive aquí -y le tocó el pecho- mientras te acuerdes de él, tu abuelito seguirá vivo, en tu recuerdo, en tu corazón’. Hay mucha gente convencida de que quienes mueren sólo viven en el recuerdo de sus deudos (¿y si éstos pierden la memoria, qué?). Pero eso no es para nada lo que enseña la Iglesia ni lo que creemos los católicos.

Dice San Pablo: “*No queremos que estéis en la ignorancia respecto de los muertos, para que no os entristezcáis como los demás, que no tienen esperanza. Porque si creemos que Jesús murió y que resucitó, de la misma manera Dios llevará consigo a quienes murieron en Jesús. Os decimos esto como Palabra del Señor*” (1Tes 4,13-15a).

Aquí el apóstol da al clavo cuando dice que quienes se entristecen ante la muerte son los que no tienen esperanza (cabe aclarar que no se refiere a la tristeza normal de no ver a una persona querida, sino a esa tristeza desanimada del que se desespera ante la muerte de un ser querido porque no cree volver a verlo nunca más).

Es la esperanza la que marca toda la diferencia en este asunto. Pero veamos, ¿qué es la esperanza? Junto con la fe y la caridad, es una de las tres virtudes teologales (llamadas así porque vienen de Dios y nos conducen hacia Dios). El Catecismo de la Iglesia Católica dice que por la esperanza “aspiramos al Reino de los cielos y a la vida eterna como felicidad nuestra poniendo nuestra confianza en las promesas de Cristo y apoyándonos no en nuestras fuerzas, sino en los auxilios de la gracia del Espíritu Santo.” (CIC 1817). Ello significa que cuando se tiene esperanza, se tiene la certeza de que la muerte no es un final sino un principio; se le abre una puerta al muro contra el que se estrella la vida en este mundo y se vislumbra otro infinitamente mejor. La esperanza nos hace levantar los ojos de nuestra realidad tangible y chata, y ponerlos en una realidad superior, no simplemente como un ‘buen deseo’ (la esperanza sin fe carece de sustento), sino porque confiamos en la veracidad de Aquel que nos la prometió.

Dice San Pablo que si solamente tuviéramos puesta nuestra esperanza en esta vida seríamos los más infelices, pero no es así porque tenemos puesta nuestra esperanza en que como Cristo resucitó, resucitaremos también nosotros (ver 1Cor 15, 19-22).

Pregúntate, ¿qué esperas?, ¿en qué tienes puesta tu esperanza? ¿Sólo en lo de este mundo? (esperas vivir mucho, tener mucho dinero, etc.) entonces la muerte, ajena o propia, será siempre para ti motivo de angustia. La única esperanza que puede sostenerte, librarte de todo temor y nunca defraudarte es la esperanza en Dios.

Ante la pregunta sobre qué esperas con relación a la muerte, sólo existe una respuesta que puede darte la paz: “espero la resurrección de los muertos y la vida del mundo futuro. Amén.”

Escucha

El otro día estaba sentada en una banca en la calle afuera de una nevería, comiéndome un helado (y antes de que alguien piense que ya me volví loca comiendo helados con este frío, aclaro que fue en esos días de octubre en que hizo mucho calor). Frente a mí había una parada de camión y llegó una pareja que venía discutiendo casi a gritos. A cada momento ella vociferaba: ‘¡¡escúchame!!, ¡¡¡es que no me escuchas!!!’, y seguía la discusión, hasta que a él se le ocurrió contestarle: ‘¡es que ya sé lo que me vas a decir!’. Uy, nunca lo hubiera dicho, ¡excuso comentar la que se armó!. Yo, con la pena, como dicen por ahí: no pude evitar oír porque estaba oyendo. Ella se dio por ofendida, contestó con un helado -y no precisamente comprado en la nevería- ‘bueno, pues si lo sabes no tengo nada más que decirte’. Y se retrajo en un silencio que no presagiaba nada bueno pero que ya no supe a qué condujo porque en eso llegó el camión y ambos se fueron en él. La escena terminó pero quedaron en el aire dos frases que mueven a reflexión.

‘Es que no me escuchas’

Qué desesperante es platicar algo de importancia para ti con alguien que no te está poniendo verdadera atención; hablar con una persona que está leyendo el periódico, o tecleando en la computadora, o viendo la tele, o volteando para todas partes, distraídamente y te contesta con ‘ajá’ o ‘mjm’ o algo similar y te das cuenta de que su mente está en otra parte.

Resulta también decepcionante cuando necesitas que alguien se tome un tiempo para escuchar un asunto que quieres

platicarle y te dé largas: ‘luego conversamos’, ‘después te llamo’, ‘nos ponemos de acuerdo y nos echamos un telefonazo’, y ese momento nunca llega.

‘Es que ya sé lo que me vas a decir’

Abundan los ‘adivinos-telépatas’ que creen conocer a su interlocutor a tal grado que no lo dejan ni terminar la frase, vamos, a veces ni siquiera empezarla. Esto deja a quien quería hablar con ellos frustrado, sin poder decir lo que quería, sin oportunidad para exteriorizar su pensamiento. No se vale creer que ya se sabe todo de otra persona, que ya nada en ella puede sorprender: todo ser humano es un universo de posibilidades inesperadas, de ideas nuevas, de creatividad en desarrollo.

No escuchar al otro o creer que ya se sabe todo lo que va a decir son dos actitudes que provocan en quien las padece, molestia y desilusión, y pueden causar la ruptura de una amistad e incluso de un matrimonio. Ahora bien, cabe preguntarse, si eso es a nivel humano, ¿cómo será con relación a Dios?

Quizá Él también podría reclamarnos, y con razón: ‘Es que no me escuchas.’ ¿Te has puesto a pensar qué sentirá Dios cuando quiere decirte algo importante y te distraes, pensando en otras cosas sin prestarle verdadera atención? ¿Qué sentirá cuando pospones una y otra vez el encuentro con Él, atrasando el momento de sentarte a dedicarle tiempo, a escucharlo?

Quizá piensas que ya sabemos lo que nos va a decir, pero eso es ridículo. Nuestra mente limitada no puede pretender abarcar la gama infinita de posibilidades que pueden ocurrírsele a Dios. No porque conozcas los diez mandamientos o hayas leído la Biblia pienses que ya lo sabes todo de Él. No es así. En cada ocasión Dios tiene algo distinto que decirte, algo quizá inesperado o quizá no del todo desconocido, pero con un matiz particular sumamente oportuno.

Como Dios sabe que la falta de escucha daña una relación, le preocupa mucho que en nuestra relación con él fallemos en ese aspecto. Por ello, lo primero que pide en el primer mandamiento que da a Su pueblo, es: “¡*Shemá!*”, es decir: ¡*Escucha!*. Tenemos un Dios que nos habla, ¡lo menos que podemos hacer es abrírnos a lo que tenga que decirnos!

Y ¿cómo se escucha a Dios? De muchas maneras, pero por lo pronto he aquí una propuesta concreta. Tómate un ratito cada día para platicarle lo que te está pasando y luego abre alguno de los Evangelios y lee un pedacito, el que toque, el que sea, unos cuantos versículos nada más. Deja que las palabras resuenen en tu corazón, que su mensaje te ilumine con una respuesta o quizá con un nuevo planteamiento, una provocación, una sacudida. Medítalo, saboréalo, rúmialo y plantéate qué harás en concreto para responderla a Aquél cuya Palabra te ha interpelado.

Atrévete a hacerlo y descubrirás con gozosa sorpresa que vale la pena escuchar a Dios; que nunca se puede dar por hecho que ya se sabe todo lo que tiene que decirte, y que es el mejor conversador que existe, claro, si le das la oportunidad de hablar...

Perdónate

¿Sabes de qué pecado se suele ir a confesar la gente con asombrosa frecuencia? Me lo reveló un sacerdote: ¡del mismo pecado del que ya se confesó quién sabe cuántas veces antes!

Son muchas las personas que a pesar de haber recibido la absolución no se quedan tranquilas, sienten que todavía deben confesarse de lo mismo una y otra y otra vez y otra vez.

¿A qué se debe esto? Cabe pensar que a una poderosa razón: a que, a pesar de haber recibido el perdón de Dios, el de la Iglesia, el de los demás, no se han perdonado a sí mismas. Siguen conservando intacto su sentimiento de culpa y de vergüenza por algo que hicieron o dejaron de hacer, y sin importar el tiempo transcurrido siguen reviviendo aquello como si hubiera sucedido ayer y siguen sintiendo la compulsiva necesidad de confesarlo, como para ver si ahora sí sienten que de veras fueron perdonadas. Lo malo es que nunca es suficiente para ellas el perdón que reciben de fuera porque tienen en su interior un inmenso abismo de desesperanza dentro del cual ese perdón se extravía.

Si estás tú en ese caso, considera lo que dice este texto de la Carta a los Hebreos:

“Una vez que los pecados han sido perdonados, ya no hacen falta más ofrendas por ellos.” (Heb 10 18).

¿Qué significa esto? Que si ya te confesaste y recibiste el perdón por tus pecados, puedes -y debes- empezar de ceros, a partir de ese momento vivir un verdadero ‘borrón y cuenta

nueva', grabarte en la cabeza que no tiene caso que vuelvas a confesarlos. Si ello te parece difícil, quizá pueda ayudarte seguir estos siete pasos:

1. Pide ayuda al Espíritu Santo: que te dé fortaleza, misericordia, mansedumbre, paciencia, paz.

2. Examina tu conciencia, pregúntate ¿por qué no logras perdonarte? ¿será que te exigés demasiado?, ¿será que por ahí se coló un poquitín de soberbia que te vuelve impaciente contigo mismo (¿¿¿cómo es posible que yo haya sido capaz de caer así??!!), en lugar de comprender que eres, como todos, humano, falible, capaz de hacer, como decía San Pablo, el mal que no quieres hacer, en lugar del bien que te gustaría (ver Rom 7, 19-20).

3. Decídetes. Recuerda que Dios te ha perdonado y te pide que compartas ese perdón, no sólo con otros sino ¡contigo mismo!, y que si no te perdonas te haces un daño físico (por la tensión, el malhumor, la tristeza, el desánimo), y un daño espiritual (pues te vas convirtiendo en una persona amargada, intolerante consigo misma y con otros, endurecida del corazón).

4. Ora por ti al pie de la cruz: Pídele a Jesús que te conceda la gracia de comprender cuánto te ama, cómo te mira siempre amoroso, cómo nunca ha dejado de considerarse Amigo tuyo, al grado de haber dado Su vida por ti, para rescatarte del pecado y de la muerte. Permítele que te libere del yugo que vienes arrastrando, de esa carga que no te deja ser feliz. Déjala al pie de la cruz y disponte a continuar tu vida de la mano de Aquel que dijo que no vino por los justos sino por los pecadores.

5. No te juzgues ni te condenes. Sólo Dios puede juzgar porque sólo Él sabe lo que hay en el fondo de nuestros corazones, experiencias que nos influyen y que quizá ni siquiera recordamos o conocemos. Deja de flagelarte. Calla esa voz interior que te critica o te regaña. Suprime las frases

negativas acerca de ti mismo. Aprende a verte como te ve Dios: desde la comprensión y la misericordia.

6. Haz el bien: Si acaso es posible, busca la manera de hacer un bien a quienes resultaron afectados por ese pecado que no te has perdonado. Y eso te incluye también a ti: lo que hiciste ya no tiene remedio, pero puedes aprender de ello y aprovecharlo para ser mejor como ser humano y como cristiano. Permite que haber vivido aquello te convierta en una persona más atenta a no volver a caer y más compasiva con quienes caen. Aprovecha para orar por todos los involucrados: ponlos en las manos amorosas del Padre y pídele que, como al hijo pródigo, les conceda sentirse siempre acogidos y abrazados por Él.

7. Esfuérzate por olvidar ese pecado confesado y perdonado. Deja de atormentarte repasando los detalles. Como dice la canción: ‘ya lo pasado, pasado’. Aprende de esta anécdota:

Cuentan de una santa que fue a decirle al obispo que ella hablaba con Dios. El obispo no le creyó, pero como ella insistió tanto, el obispo decidió solicitarle una prueba contundente, algo que sólo Dios pudiera dar. Le dijo: ‘A ver, pídale a Dios que le cuente los pecados de los que me confesé esta mañana.’ La santa se fue y volvió en la tarde. El obispo la recibió enseguida y le preguntó: -¿Qué pasó?, ¿le pidió a Dios que le revelara los pecados de los que hoy me confesé? -Sí, monseñor. -Y ¿qué le contestó? -preguntó. -Que los había olvidado...

¡Reina!

Si tuvieras que dibujar a un rey, ¿cómo lo dibujarías? Un maestro de kinder contó que un día decidió hacer un experimento: les dio a sus alumnos papel y crayolas y les pidió que dibujaran un rey. El resultado fue muy revelador. Uno de los chamaquitos dibujó, en la parte de abajo de la hoja, una silla, y arriba de ésta otra y otra y un banco, y otro encima, y otra silla, y otra y otra, y en la parte superior dibujó a un señor gordito con una tremenda corona toda ladeada (no se sabe si estaba ladeada por el precario equilibrio en el que se encontraba el rey arriba de su torre de sillas o, y esto es lo más probable, porque ya no había más papel para ponérsela derecha sobre la cabeza). Otro niño dibujó a un señor que tenía cara de enojado y algo parecido a un gran cetro en su mano, del que salían rayos negros y relámpagos. Una niña se pasó todo el rato coloreando la fastuosa capa de un altísimo rey de largas piernas y corona de picos.

El maestro comentaba que le llamó mucho la atención que los niños captaron y expresaron muy bien que un rey suele estar muy por encima del común de la gente y mantenerse muy ajeno, muy lejano; suele ejercer el poder con despotismo y emplear los medios que sean para hacerse obedecer, y suele ser una figura meramente simbólica y decorativa que lleva una vida frívola y rodeada de lujos.

Esa misma tarde el maestro realizó la segunda parte de su experimento: les dio papel y crayolas a los chavitos que acudían al Catecismo y les pidió que dibujaran a Jesús como

rey. ¡Qué agradable sorpresa se llevó! En todos los dibujos Jesús aparecía sonriente, sea rodeado de niños felices, o bajo soles y nubes, o en un campo de flores, o cobijando a muchos con Su manto. De nueva cuenta se notaba que los niños habían captado muy bien lo que significa que Jesús sea Rey.

Cuando la Iglesia celebra la Solemnidad de Nuestro Señor Jesucristo, Rey del Universo, tenemos una buena oportunidad para reflexionar en algo que los dibujos de estos niños pusieron claramente de manifiesto: el reinado de Jesús no se parece en nada a ningún otro. No es un Rey que esté tan alto que no nos vea, es un Rey que se mantiene atento, cercano, familiar; no es un rey mandón y colérico que obligue a obedecer y que castigue a los rebeldes; es un Rey compasivo, comprensivo, amistoso, paciente; no es un rey centrado en sí mismo, cuyas extravagancias satisfacen a los ‘paparazzis’ y escandalizan a su pueblo; es un Rey que quiso despojarse de todos los privilegios de Su condición divina para venir a compartir con nosotros este mundo; que quiso hacerse pobre para enriquecernos a todos.

Celebrar que Cristo es Rey es celebrar que reina sobre todo, que no hay otro reino por encima del Suyo. Ello significa que puede reinar sobre todas esas realidades que quizá te han tenido bajo su dominio.

Pregúntate: ¿Qué ha reinado en tu vida?

¿Ha reinado el caos? Este Rey puede poner orden, darte un propósito y una esperanza.

¿Ha reinado la soledad? Este Rey quiere hacerte sentir que nunca te abandona, quiere que percibas Su presencia a tu lado todos los minutos de tu vida y que nunca más sientas que no tienes a nadie junto a ti.

¿Ha reinado el dolor, la tristeza? Este Rey quiere secar tus lágrimas y darte razones para experimentar una alegría que nadie te pueda arrebatar.

¿Ha reinado el miedo? Este Rey quiere que te liberes del temor que te paraliza y comprendas que a Su lado no hay nada que temer, no hay tiniebla que no se rompa, no hay callejón al que no se le encuentre una salida.

¿Ha reinado el mal? Este Rey quiere que pongas todos tus pecados al pie de Su cruz y dejes que Él los asuma y los

deje ahí, clavados, para que puedas librarte de ellos y caminar sin ese lastre que te impide seguirlo a Él y ser feliz.

¿Ha reinado la adicción? Este Rey quiere desatar todas tus ataduras y ayudarte a descubrir que el único yugo que vale la pena echarse encima es el del amor, porque nunca esclaviza sino libera; quiere reinar sobre esos vacíos en tu vida que has querido llenar de cosas que te hacen daño y no te sacian; quiere animarte a permitirle ser quien te colme de lo que en verdad necesitas.

¿Ha reinado el odio, la violencia? Este Rey quiere tomar en Sus manos tu corazón, vendar sus heridas, hacer que cicatricen y que sanen; quiere colmarlo de Su gracia y Su paz y devolvértelo rebosante de un amor que puedas compartir con todos.

La Iglesia nos invita a fijar la mirada en Jesucristo y darnos cuenta de que es Rey del universo, que, como dice el profeta: *“Su poder nunca se acabará, porque es un poder eterno, y Su reino jamás será destruido”* (Dn 7,14).

Ello significa que tiene poder para reinar sobre todo aquello que hasta ahora había reinado en tu vida, y purificarlo o perfeccionarlo y llenarlo de luz.

Celebrar que Jesús reina, no sólo dibuja una sonrisa en un papel sino en el alma, porque no hay como vivir con la consoladora certeza de saber que somos los súbditos amados de este Rey que nos mantiene siempre bajo Su protección, iluminados por Su gracia y resguardados dentro de Su misericordioso corazón.

OBRAS DE ALEJANDRA MA. SOSA ELÍZAGA

Libros publicados por EDICIONES 72:

PARA ORAR EL PADRENUESTRO

(Reflexionar y orar sobre cada frase del Padrenuestro)

POR LOS CAMINOS DEL PERDÓN Disponible también en MP3

(Guía práctica para lograr perdonar).

SI DIOS QUIERE Guía práctica para discernir la voluntad de Dios en tu vida

CAMINO DE LA CRUZ A LA VIDA

(Reflexiones sobre la Pasión, Muerte y Resurrección de Jesús)

VIACRUCIS DEL PERDÓN

(Recorrer las catorce estaciones caminando hacia el perdón)

VIDA DESDE LA FE

(50 Reflexiones para aterrizar la Palabra de Dios en tu vida diaria)

IR A MISA ¿PARA QUÉ? Guía práctica para disfrutar la Misa

DOCENARIO DE LA INFINITA MISERICORDIA DEL SAGRADO
CORAZÓN DE JESÚS (Doce meditaciones sobre la Misericordia Divina)

¿DESEMPOLVA TU BIBLIA! Guía práctica para empezar a leer y
disfrutar la Biblia

¿QUÉ HACEN LOS QUE HACEN ORACIÓN? Guía práctica para
empezar a orar y disfrutar la oración

Otras publicaciones

EL PAPA TE INVITA A REZAR SU ORACIÓN FAVORITA

Carta Apostólica ‘Rosarium Virginis Mariae’, de SS Juan Pablo II sobre el rezo del Santo Rosario, resumida y comentada por Alejandra Ma. Sosa E. (publicada por la Arquidiócesis de México y por Ediciones EVC no.259)

EL PAPA TE HABLA DE LA MISA

La Carta Encíclica ‘Ecclesia de Eucharistia’ resumida y comentada por Alejandra Ma. Sosa E. Publicada por la Arquidiócesis de México

Obras de AMSE disponibles gratuitamente en www.ediciones72.com

COLECCIÓN ‘VIDA DESDE LA FE’, Volúmenes 1, 2, 3, 4 y 5

COL. ‘LA PALABRA DE DIOS ILUMINA TU VIDA’, ciclos A, B y C

CURSO DE BIBLIA SOBRE HECHOS DE LOS APÓSTOLES

CURSO DE BIBLIA SOBRE EL EVANGELIO SEGÚN SAN MATEO